

BAHAREQUE

ERIK NORBEY ORTIZ GÓMEZ

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2021**

BAHAREQUE

ERIK NORBEY ORTIZ GÓMEZ

Trabajo de grado

ASESOR:

Mg. Gonzalo Jiménez Mahecha

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2021**

“Las ideas y conclusiones aportadas en el siguiente trabajo son responsabilidad exclusiva del autor”.

Artículo 1° del Acuerdo No. 324 de octubre 11 de 1966, emanado del Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

NOTA DE ACEPTACIÓN

Presidente del Jurado

Jurado

San Juan de Pasto, 9 de junio de 2022

Este escrito se dedica a todas las personas que acompañaron el proceso de aprendizaje durante los años de pregrado; a los docentes que brindaron una especial amistad; a los amigos que hicieron del camino un festivo paraje; en particular a Alejandra, Byron, Carlos, Diana, Fabio, Nury; a mi familia, por regalarme esa cálida sonrisa, que tanto me ha inspirado.

AGRADECIMIENTOS

El autor desea expresar sus agradecimientos:

A la Universidad de Nariño, ambiente de eterno aprendizaje.

Al Departamento de Humanidades y Filosofía; así mismo, a todos los docentes del programa de Licenciatura en Filosofía y Letras, que han brindado no solo un conocimiento académico, sino humano.

A Gonzalo Jiménez Mahecha, por sus palabras en todo el proceso formativo.

A Orfelina Gómez, por su incondicional apoyo.

A mis padres y hermanos.

RESUMEN

Bahareque se presenta como un lugar en el que las baladas, memorias, relatos, se fusionan y consumen en lo onírico de la vida. Lua, una joven que acaba de tener una pérdida e ira tras sus huellas, buscará encontrar sentido en la tragedia e inconscientemente ha de recorrer cada vocablo escrito en un sobre; ha de perderse en las memorias y relatos de una vida que la consume, para, al fin, olvidarlo todo y recordar que la vida, más que repuestas, plantea interrogantes.

Palabras claves: memoria, novela, relato, teatro, terror.

ABSTRACT

The oneiric of life fuses and consumes the ballads, the memories, the stories that make up *Bahareque*. Lua, a young woman who has just had a loss and will go after his footsteps, will try to find meaning in the tragedy and unconsciously she has to go through each word written on an envelope. She has to lose herself in the memories and stories of a life that consumes her, to finally forget everything and remember that life, more than answers, raises questions.

Keywords: horror, memory, novel, story, theater.

CONTENIDO

	Pág.
PRESENTACIÓN	11
BAHAREQUE	19

LISTA DE FIGURAS

	Pág.
Figura 1. I	21
Figura 2. II	33
Figura 3. III	53
Figura 4. IV	63
Figura 5. V	78

PRESENTACIÓN

Bahareque es un trabajo que se enmarca en el proceso de creación literaria de los imaginarios socioculturales. *Bahareque* parte de una breve interrogación surgida en el contexto del aula; a partir de ahí, acompañará todo el desarrollo académico-humano hasta su finalización, que concluye con la creación de la novela. Para visualizar de forma apropiada su configuración textual, teórica, creativa, se ha de describir el procedimiento, como si cada palabra acompañara la praxis de su elaboración.

Antes de consolidarse *Bahareque* como un posible proyecto, surge este interrogante a partir de lecturas abordadas en el programa: “¿Es posible que, al tomar como asunto narrativo las experiencias de vida, se lograra producir un texto literario, específicamente una novela, como parte del proceso formativo de un docente?”; esta duda condujo a debates personales que, aún en su finalización, llevaron a titubear respecto a si realmente, como se suele decir, “valdría la pena escribir aspectos de la vida diaria, y si estos ayudarían en la formación profesional”.

No obstante, debido a la grata asesoría, conversaciones con docentes, compañeros y lecturas, como las cartas de Chejov que, ante este tema, señala: “Toma algo de la vida real y cotidiana, sin trama y sin final”,¹ la espesa penumbra poco a poco se fue disolviendo y, claro está, con la afirmación de *Bahareque* como trabajo de grado queda resuelto aquel titubeo que provocó varias noches de insomnio.

Para su elaboración, el método por el que se optó fue caótico en comparación con lo que se pretendía en el momento de configurar los objetivos planteados; de ahí que se presentaran complicaciones en su desarrollo. En un inicio, se pretendía abarcar la investigación a través de una observación sistémica – directa; sin embargo, ese proceso se interponía en la libertad narrativa de las personas que confiaban sus memorias; por otra parte, no se necesitaba implementar una técnica investigativa rigurosa, como la que se aborda en una investigación bibliográfica, debido a que en ningún momento *Bahareque* busca consolidarse como una novela bibliográfica, puesto que, si bien contiene rasgos cotidianos, porque se tomaron historias de vida como inspiración para su realización, en general no retrata la vida de alguna persona existente y mucho menos histórica.

Ahora bien, si se refiere a una investigación etnográfica, *Bahareque* queda a deber, pues no revela en sus páginas a un grupo determinado de personas, tampoco sus pensamientos o costumbres, por lo que no se la debe considerar como un trabajo estrictamente investigativo, sino como un proceso formativo, en el que se utilizan métodos investigativos, como: la

¹ Anton Chejov. *Sin trama y sin final*. Disponible en: https://nanopdf.com/queue/sin-trama-y-sin-final_pdf?queue_id=-1&x=1637526980&z=MTkxLjkyLjI1MC4xNzU=

observación directa – participante y las entrevistas no estructuradas, pero pierde toda rigurosidad en el momento de acopiar la información.

Para comprender lo ya planteado, se ha de expresar que la mayoría de historias acopiadas y plasmadas no pertenecen estrictamente a cierto grupo de personas, sino usualmente se comparten en conversaciones, por lo que, en el momento de acopiar aquellas historias, solo se necesitó realizar ciertas preguntas para evocar las imágenes ya existentes en la mente del escritor; de ahí que el método utilizado para la elaboración del trabajo tuviera bastante libertad y se presentara como ambiguo; cabe mencionar que, aunque se evidenciara simple espontaneidad en el proceso investigativo, esto no demerita el trabajo realizado en todo el desarrollo de la construcción de *Bahareque*.

Hecha esta salvedad, y para precisar la corriente literaria en la que *Bahareque* llegaría a encasillarse, se necesitará desarrollar las ideas sobre la novela que inspiraron su realización.

En principio, la construcción de *Bahareque* se encuentra influida por aquellas palabras de Bertolt Brecht, escritas en el *Breviario de estética teatral*: “El «Teatro» consiste en producir representaciones vivas de hechos humanos tramados o inventados, con el fin de divertir”.² Si bien Brecht con estas palabras se refiere al teatro, para nada descabellado es trasladarlas a la novela, si se considera que la novela, mucho antes de cumplir una función social, moral, política, educativa, responde a una necesidad básica humana, como la de entretener a su lector o escucha. Dicho esto, el traer las palabras de Brecht para nada debe entenderse como un simple capricho de decoro; muy por el contrario, ayuda a dirigir hacia la apreciación del estilo plasmado en las páginas de la novela, un estilo que surge de una gran fascinación por el teatro europeo de Beckett, García Lorca, Molière, Unamuno, al igual que un teatro nacional, como el de Jairo Aníbal Niño y Víctor Viviescas, encanto que se ve proyectado por una escritura breve, ciertos aspectos del texto teatral y un intento de obra de teatro en una de las historias narradas en la novela.

Ahora bien, conviene destacar que el estilo presentado no solo proyecta semejanzas con el teatro; también, mezcla en su narrativa el cuento de terror, inspirado en Poe, Auguste Villiers de L'Isle-Adam, Bécquer, Margaret Oliphant, Chéjov y, claro está, la novela, de ahí que *Bahareque* presente un estilo confuso, que no se lo puede vincular a una narrativa específica, pues queda debiendo, ya que no ahonda en la temática como tal de “X” corriente literaria, pero, aun así, su narrativa roza temas sociales, psicológicos, morales.

Para continuar, es necesario citar las palabras de Italo Calvino, planteadas en *Mundo escrito y mundo no escrito*:

² Bertolt Brecht. *Breviario de estética teatral*. Buenos Aires: La Rosa Blindada, 1963. Disponible en: file:///D:/descargas/breviario-de-estetica-teatral.pdf

las novelas quizá sean las únicas enciclopedias que componen un cuadro de la totalidad partiendo de la singularidad de las existencias humanas y de los hechos humanos individuales siempre parciales, siempre contradictorios y siempre ambiguos, nunca unívocos.³

De aquella idea de considerar a la novela como enciclopedia del mundo interior (no de la realidad, sino de aquella abstracción subjetiva del mundo), se dio paso a teorizar *Bahareque* a partir de cuatro preguntas, que plantea Edgar Morin en *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*: “«¿Quiénes somos?», «¿dónde estamos?» «¿de dónde venimos?», «¿a dónde vamos?»”.⁴ Claro está, estas preguntas se desligarán del propósito original del autor para abordar una postura frente al arte novelesco.

Se concibe que el mito es el antepasado más remoto del texto literario; debido al estructuralismo, esta idea se consolida y amplía, al inferir que el texto literario es re-acentuación de contenidos, que tiene comienzo en el mito. Por su parte, el mito plantea una gran diversidad de tramas, que exigen la respuesta al interrogante «¿de dónde venimos?». Dado que el mito, en su narrativa, aborda la problemática del origen, se deduce que las epopeyas, su antecesor, por así decirlo, proyecta en su argumento el interrogante «¿dónde estamos?»; un ejemplo claro de ello es la *Odisea* que presenta a un héroe que debe afrontar y conquistar el horizonte incierto solo con el ingenio. Este interrogante se difunde por el mundo en una larga tradición literaria, que abarca el relato caballeresco, hasta concluir con el ingreso en la literatura del antihéroe, don Alonso Quijano; con Miguel de Cervantes, el texto literario no relata las victorias significativas del hombre sobre el mundo; de ahí en adelante, las obras abarcarán los fracasos del hombre; de esta herencia surge el personaje que pierde una y mil batallas en ese universo que le es familiar, pero incomprensible o, en palabras de Milán Kundera:

Comprender con Cervantes el mundo como ambigüedad, tener que afrontar, no una única verdad absoluta, sino un montón de verdades relativas que se contradicen (verdades incorporadas en los egos *imaginarios* llamados personajes), poseer como única certeza la *sabiduría de lo incierto*, exige una fuerza igualmente notable.⁵

Si bien es cierto que pasaron siglos desde Cervantes hasta que se llegara a referir a la novela psicológica, así mismo se puede afirmar que, desde su inicio en el mito hasta el arte novelesco actual, el texto literario jamás ha sido estrictamente un reflejo de la realidad; aunque se expresa que existe una narrativa romántica, filosófica, realista, social, económica, política, religiosa, psicológica, no se podría enmarcar en una forma rigurosa de conocer el mundo tal cual se presenta, sino en apreciaciones subjetivas del escritor sobre “X” discurso de la existencia humana.

³ Italo Calvino. *Mundo escrito y mundo no escrito*. Madrid: Siruela, 2006. Disponible en: <https://books.google.com.co/books>

⁴ Edgar Morin. *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. París: Unesco, 1999, p. 30. Disponible en: <https://www.idealonline.org/public/pdf/LosSieteSaberesNecesariosParaLaEduDelFuturo.pdf>

⁵ Milan Kundera. *El arte de la novela*. Barcelona: Tusquets, 1960, p. 4. Disponible en: <https://biblioteca.unedteruel.org/images/img/ElArteDeLaNovelaMilanKundera.pdf>

Ahora bien, ante las preguntas «¿a dónde vamos?» y “«¿Quiénes somos?»», solo basta con realizar un leve recorrido sobre la novela contemporánea. De ahí que novelas como *1984*, *Sobre héroes y tumbas*, *La muerte de Artemio Cruz*, *La insoportable levedad del ser*, *Las estrellas son negras*, no solo cumplieran una función crítica, social y moral, sino, además, incluyeran en sus voces los interrogantes relativos a ¿quiénes somos? y ¿hacia dónde vamos?

Por consiguiente, para ir concretando este conjunto de ideas en el trabajo y evitar que al presente se lo considerara demagogia, se dirá que *Bahareque* abarca en su construcción los cuatro interrogantes planteados: el personaje experimenta ese deseo por conocer el pasado, el origen de las palabras de quienes su existencia ya ha expirado, al igual que sentir una fascinación por el mundo que surge a sus pies, por indagar sobre su propia existencia, aunque se extravíe en el camino, por prever el día que lo espera cuando la noche caiga, todo ello presentado en relatos y, de igual forma, en un mensaje lírico, que será el índice de toda la trama.

Con todo ello, *Bahareque* no puede enmarcarse en una novela psicológica, debido a que, si bien se incluyen temas como el suicidio y su narrativa se fragua en lo onírico, estas propiedades para nada determinan el argumento; con esta misma perspectiva, los relatos solo acompañan el recorrido del personaje y cumplen la función de apoyar o afirmar el argumento que se presenta ante el personaje como un poema, como una canción de incertidumbre que la brisa ha pronunciado. Al fin, el lector encontrará en *Bahareque*, para parafrasear un poco a Milán Kundera, no una posición moral, sino un interrogante.

Por otro lado, pero sin desligarse totalmente de lo planteado, de igual forma la literatura, que cumple una función crítica, social, filosófica y moral, así mismo se presenta como un método en la labor docente. Si bien el lenguaje no es innato al ser humano, por otra lado se sujeta a la existencia humana, lo que indica que la narrativa está presente desde mucho antes de que el estudiante se concibiera; de ahí la importancia de que los docentes fueran excelentes intérpretes de lo que Wittgenstein denominaría, en las *Investigaciones filosóficas*, los diferentes “juegos del lenguaje”,⁶ puesto que el lenguaje expresa un modo de vida, que puede modificarse ya fuera mediante buenas o malas lecturas, debido a que los jóvenes, en palabras de Michèle Petit:

no son marcianos y que, como usted o como yo, tienen una gran necesidad de saber, una necesidad de decir bien las cosas y decirse bien, una necesidad de relatos que constituye nuestra especificidad humana. Tienen una exigencia poética, una necesidad de soñar, de imaginar, de encontrar sentido, de pensarse, de pensar su historia singular de muchacho o de muchacha dotado de un cuerpo sexuado y frágil, de un corazón impetuoso y que duda; de pulsiones y de sentimientos contradictorios que integran con dificultad, de una historia familiar compleja que muchas veces contiene la gúnas. Sienten curiosidad por este mundo contemporáneo en el que se ven confrontados a tanta adversidad, y que les deja muy poco espacio. Tienen también, como verán, una gran

⁶ Ludwig Wittgenstein. *Investigaciones filosóficas*. Disponible en: <https://www.uv.mx/rmipe/files/2015/05/Investigaciones-filosoficas.pdf>, p. 35

necesidad de ser escuchados, reconocidos; una gran necesidad de dignidad, de intercambio, de encuentro personalizado.⁷

Por ende, los docentes deben ser capaces de interpretar los relatos, los juegos del lenguaje de sus estudiantes, para así presentarles lecturas que lleven a que no aborrecieran la literatura, como usualmente ocurre; si se considera que la novela es una enciclopedia del mundo subjetivo y que en esta enciclopedia se guardan los cuestionamientos que la juventud se plantea, la labor del docente consistirá en permitir ese encuentro entre el individuo y el texto o, como diría Borges:

Si un libro es tedioso para ustedes, déjenlo; aunque ese libro sea el *Paraíso Perdido* —para mí no es tedioso— o el *Quijote* —que para mí tampoco es tedioso—. Pero si hay un libro tedioso para ustedes, no lo lean; ese libro no ha sido escrito para ustedes.⁸

En este sentido, el docente debe cumplir una función de casamentero o celestino, pues debe permitir que los estudiantes se encuentren y se enamoren de las lecturas que les hablan, de las lecturas que presentan los mismos interrogantes que el joven se plantea.

De este modo, el desarrollo de *Bahareque* ha ayudado no solo a optar por completar un proceso académico y así alcanzar un título universitario, sino a desarrollar las habilidades profesionales, que muchas veces son escasas en la educación, o sea, adoptar una postura interpretativa sobre los diferentes discursos que se reúnen en un salón de clase, para así reconocer los interrogantes de la juventud y devenir la celestina que permitiera desarrollar un amor por la lectura; de igual forma, ponerse en el lugar del estudiante y recordar que las problemáticas que aquejan su día a día no son simples niñerías y que, lejos de lo que se suele pensar, merecen que se tomaran seriamente, porque, de no hacerlo, pueden desembocar en desenlaces que muchas veces pudieron evitarse.

Dicho esto, conviene no olvidar las palabras que Joan-Carles Mèlich comparte acerca de la educación literaria:

En una educación literaria no nos transformamos para imitar a un modelo, sino para vivir, para seguir vivos. *La transformación es el movimiento de la vida y la tarea del maestro es mantener viva la metamorfosis* (Canetti).⁹

Ahora, consideremos el papel transformador que cumple la Literatura en la educación; cuando se vuelve atrás para evocar el primer encuentro con la narración, usualmente se traen a la memoria los años de la escuela primaria, con aquellas lecturas de cuentos infantiles impresos en libros escolares.

⁷ Michèle Petit. *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*. México: FCE, 1999, p. 58. Disponible en: <https://toaz.info/doc-viewer>

⁸ Jorge Luis Borges. El único modo de leer. *Calle del orco*. (28, septiembre, 2020). Disponible en: <https://callelorco.com/2020/09/28/el-unico-modo-de-leer-jorge-luis-borges/>

⁹ Joan-Carles Mèlich. La sabiduría de lo incierto. *Educación*. No. 31 (2003), p. 44. Disponible en: <file:///D:/descargas/20770-Texto%20del%20art%C3%ADculo-20694-1-10-20060309.pdf>

No obstante, el primer encuentro con la narrativa acontece en los hogares, con esas historias que narran los mayores y que llevan a que volara la imaginación del niño; con los diálogos familiares, en los que se evocan situaciones diarias y, sin darse cuenta, el individuo se va formando a través de la escucha de una narrativa oral familiar. Todo ello ocurre sin que el individuo se percatara, pero las historias que se ha escuchado de niño repercuten en una vida adulta.

Este es el caso en que se puede apreciar todo el imaginario de un lugar a través de simples conversaciones con los individuos pertenecientes a una comunidad; de ahí que, en ciertas zonas aledañas a una vida de campo aún estuviera presente un temor a lo sobrenatural o que, en territorios afectados por la violencia, la muerte se hubiera convertido en una de sus mínimas preocupaciones.

Entonces, la literatura llega como salvadora de un destino que pudo haber sido inevitable; para comprender cómo la Literatura puede afectar de forma significativa la vida de sus lectores, Michèle Petit encuentra las palabras adecuadas:

La lectura contribuye así a crear un poco de “juego” en el tablero social; a que esos jóvenes se hagan un poco más actores de sus vidas, sujetos de sus destinos, y no solamente objetos del discurso de los demás. Los ayuda a salir de los puestos prescritos, a diferenciarse de las imágenes estigmatizantes que los excluyen, pero también de lo que sus allegados esperan de ellos, o incluso de lo que cada uno de ellos creía, hasta entonces, que era lo más adecuado para definirse.¹⁰

Para finalizar, el desarrollo del trabajo de investigación ha ayudado en la formación profesional y humana, pues ha permitido un encuentro con el arte novelesco, que revela un amor por la lectura; una lectura de textos, relatos e individuos, que se verá manifestado en el proceso de enseñanza y aprendizaje en la vida laboral, puesto que, como docentes de filosofía y letras, se debe poder compartir un amor por la lectura, pero, para compartirlo, y en particular el amor a la lectura literaria, es preciso haberlo experimentado.

¹⁰ Petit, *Op. cit.*, p. 104.

BIBLIOGRAFÍA

Benjamin, Walter. *El narrador*. Disponible en: http://www.catedras.fsoc.uba.ar/reale/benjamin_narrador.PDF.

Bierce, Ambrose, et al. *Narraciones terroríficas*. Vol. 3. Editor digital: Titivillus, 1961.

Brecht, Bertolt. *Breviario de estética teatral*. Editor digital: Titivillus, 1957.

Calvino, Italo. *Mundo escrito y mundo no escrito*. Editor digital: jugour (epulibre.org), 2002.

Cervantes Saavedra, Miguel de. *El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha*. Disponible en: <http://www.biblioteca.org.ar/libros/132556.pdf>

Chéjov, Anton. *Sin trama y sin final*. Disponible en: <https://www.lectulandia.com/book/sin-trama-y-sin-final/>

Fuentes, Carlos. *La muerte de Artemio Cruz*. Disponible en: <http://smaris.edu.ec/wp-content/uploads/2016/02/La-Muerte-De-Artemio-Cruz-Carlos-Fuentes-.pdf>

Homero. *La Odisea*. Disponible en: http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx/Colecciones/ObrasClasicas/_docs/Odisea.pdf

Kundera, Milan. *El arte de la novela*. Disponible en: <https://www.lectulandia.com/book/el-arte-de-la-novela/>

Kundera, Milan. *La insoportable levedad del ser*. Disponible en: <https://freeditorial.com/es/books/la-insoportable-levedad-del-ser/readonline>

Mèlich, Joan-Carles. La sabiduría de lo incierto. Sobre ética y educación desde un punto de vista literario. *Educación*. No. 31 (2003), p. 33-45. Disponible en: <file:///D:/descargas/20770-Texto%20del%20art%C3%ADculo-20694-1-10-20060309.pdf>

Morin, Edgar. *Los siete saberes para la educación del futuro*. París: Unesco, 1999. Disponible en: <https://www.ideassonline.org/public/pdf/LosSieteSaberesNecesariosParaLaEducaciondelFuturo.pdf>

Munro, Héctor (Saki) et al. *Narraciones terroríficas*. Vol. 1. Editor digital: Titivillus, 1961.

Petit, Michèle. *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*. México: FCE, 1999. Disponible en: <https://toaz.info/doc-viewer>

Poe, Edgar Allan. *Cuentos*, 2. Madrid: Alianza editorial, 2012.

Sábato, Ernesto. *Sobre héroes y tumbas*. Disponible en: <https://vivelatinoamerica.files.wordpress.com/2014/05/sobre-heroes-y-tumbas-de-ernesto-sabato.pdf>

Villiers de L'Isle-Adam, Auguste. *Cuentos crueles*. Editor original: Crubiera (ePub base v2.1www. lectulandia.com,1883. Disponible en: https://www.academia.edu/37217367/Cuentos_crueles_Philippe_Auguste_Villiers_de_LIsle_Adam

Wilde, Oscar *et al.* *Narraciones terroríficas*. Vol. 2. Disponible en: Editor digital: Titivillus, 1961.

Wittgenstein, Ludwig. *Investigaciones filosóficas*. Disponible en: [https://www.uv.mx/rmipe/files/2015/05/ Investigaciones-filosoficas.pdf](https://www.uv.mx/rmipe/files/2015/05/Investigaciones-filosoficas.pdf)



Epitafio...

Viviré, perenne en el tiempo ausente sobre aquel presente. Viviré, sobre aquel asfalto estrellado, en aquel cielo colorado que observas, en aquella vaga memoria que tu clítoris conmemora, en la locura materna que desemboca en un llanto carmesí. Viviré actual en aquel arbol, con la oscilación de las ramas y las intermitentes huellas sanguíneas esparcidas sobre el concreto.

Residiré en estas páginas inciertas. Estaré en los recuerdos de las voces entrecortadas, existiré en aquel sillón cubierto por una manta oscura, vagaré cual céfiro sobre tus mejillas coloradas, envejeceré..., pero perduraré, transfigurado, en tus hijos, en mis sobrinos y sus hijos; en alguna estación partiré como una historia hostil y así subsistiré como el tabú de una estirpe que se agrede y avanza cual cangrejo hacia la vacilante marea.

Estaré lleno de relatos. Acompañado de la brisa de mi pueblo, descenderé nueve veces, retornaré por la vereda escaldada de las letras, abatiré molinos, negociaré moral por eternidad, soñaré, moriré, viviré, seré uno en el todo, así tú y el todo serán uno conmigo...

Y, al final, no seré más que un recuento, más que un lapso temporal.

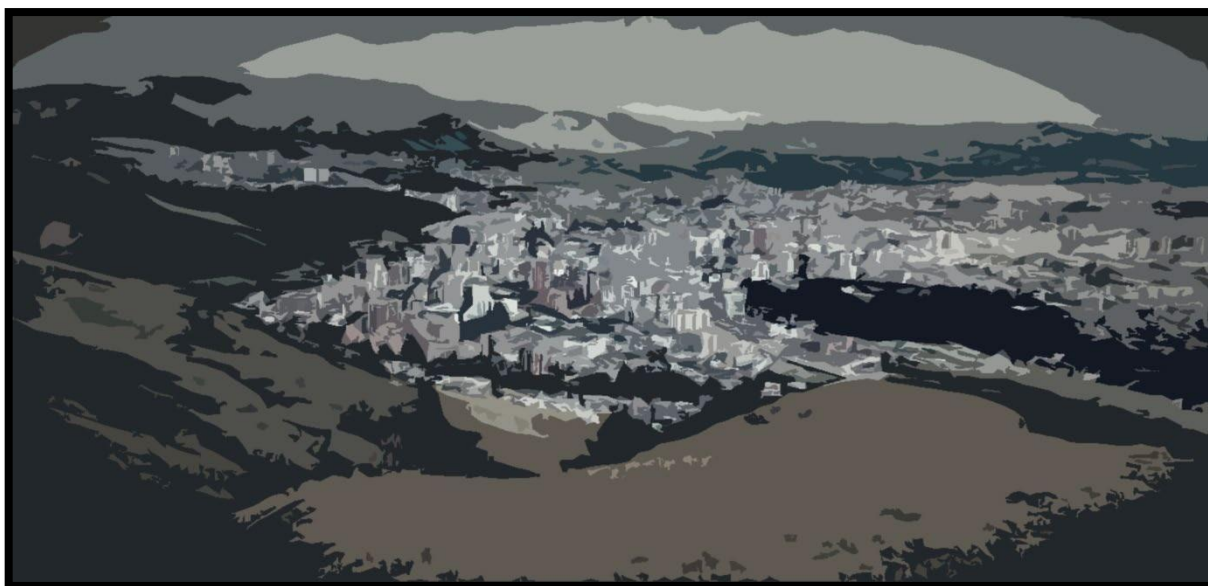


Figura 1.I.

De pequeña solían mandarme a traer agua y, claro, se encontraba apartado el arroyo... Así mismo, la vecina iba en busca de chamizos. Ella, por gracia del Señor, era muda y bien parecida.

En aquellas corrientes de agosto, en que los pétalos se violentan, inocente de cuánta perversión del hombre, vi cómo el viejo Salvador, que así respondió, mientras camino, yacía encaramado, cual gallo que picotea, a la muda, ¡pobre moza!; como un cerdo pujaba y producía sonidos irritantes.

Al ver que la lastimaba, tomé un terrón y se lo arrojé con todas mis fuerzas (*risa tímida*); de inmediato, me oculté en los matorrales del Pajón.

Al llegar a casa, le conté a Alfredo y solo encogió la cabeza, como quien se avergüenza de su impotencia.

¿Puedes creer que tan solo en mi adolescencia pude conocer la salvajada del hecho?

I

—Lo terminé.

—(*Indiferente, realiza burbujas en el café.*) ¿Qué cosa?

—El poema.

—Eh, ¡qué bueno! (*Sigue con las burbujas y le salpica un poco de café en la frente.*)

—Bueno, poema, poema, no es..., no tiene la estructura. Hum..., está en prosa, aunque expresa...

—(*Indiferente.*) Ah, un poema.

—No, no. ¿Cómo decirlo?...

Levanta la cabeza, realiza una revista al inmueble; al lado de la ventana ve a una chica incómoda; no es como si fuera evidente, pero, como se suele decir, se sobrentiende. Su compañía, un hombrecillo regordete con gafas gruesas y barba descuidada, da una impresión de acosador de película. Lua sonríe; la chica, en esas exploraciones que daba cada cierto minuto con el afán de gravitar un poco por el espacio, se encuentra con su sonrisa, esa sonrisa irritante que toda mujer odia al notar que es juzgada.

Lua gira para disimular el choque, o quizás una sonrisa culpable. Al fondo, cerca al pasillo que da al baño, observa un chico: pelo rizado, delgado, nariz aguileña, tez clara, cejas gruesas y rectas, bastante guapo; el joven al parecer no ha dejado de mirarla, pero, al ser descubierto, le sonríe; Lua se avergüenza, gira y se encuentra con el rostro meditabundo de su acompañante, que aún sigue cavilando quién sabe qué estupidez.

Él, su despistado ami..., su... Él tenía el cabello (...); Lua, tras analizar cada rasgo de Él, voltea hacia la mujer; al verla se da cuenta de que ella hacía lo mismo que Lua minutos antes; estaba analizando a su acompañante, que aún permanecía pensativo; por el gesto de frustración que hizo la chica tras su obra, Lua lanzó una altiva sonrisa de victoria.

—¿Qué haces?

—No, nada; estaba distraída.

—Hum... ¿Oíste lo que te decía?

—Sí, claro. Un poema, que no era poema, ¿no?

—Ajá. ¿Cuál poema?

—Am..., no sé. (*Se vuelve hacia la mesa, hace burbujas.*)

Él se irritaba con ese jugueteo; le parecía que estaba cuidando de una niña y eso, la idea de que ella aún conservara gestos o muecas impúberes, le fastidiaba mucho.

—Toma el café rápido y deja de jugar.

—¿Te molesta?

—No, se va a enfriar... El que escribimos.

—¿Qué cosa?

—A eso me refería, al poema que no es poema, que escribimos.

—Am, ya..., ¿y lo terminaste?

—Sí.

—A ver...

Toma su celular, mueve sus yemas aquí y allá.

Aquí está. (*Engruesa la voz.*)

Viviré, perenne en el tiempo ausente sobre aquel presente,
Viviré, sobre aquel asfalto estrellado,
En aquel cielo colorado que observas,

(*Con ademán coqueto.*)

En aquella vaga memoria que tu clítoris conmemora,
En la locura materna que desemboca en un llanto carmesí.

—Esa parte está como simple, te lo dije.

—Para mí, no (*mirando a Lua*); de hecho, me gusta; creo que debes mejorar tu relación con ya sabes quién.

—Y tú, superar tu complejo de Edipo.

—(*Sonríe.*) No te pongas a la defensiva; mira, esta parte me pareció que mejoró un poco.

—A ver.

—Viviré actual en aquel arbol,
Con la oscilación de las ramas
Y las intermitentes huellas sanguíneas
Esparcidas...

—sobre el concreto...

Lua cierra sus párpados; recostada de lado, tiende su mano en dirección a la ventana, hacia el escritorio, en busca del celular; lo toma, nota cierta humedad en la mejilla, seca una

lágrima; al filo de la cama, sentada, ve la hora, 5:50; faltan diez minutos para la alarma; deja reposar su torso, ve el pálido techo y navega en el anémico océano sin sentido.

—Viviré. —Recuerda el sueño, hace un esfuerzo por acercar cada fragmento; no resulta difícil; lo vivió hace unos; no, ya era un año o más; sucedió en febrero y estos días rondaban en mayo.

—Hace un año y dos... o tres meses, tal vez..., sucedieron muchas cosas, en su mayoría (*risueña*) bonitas, aunque esta...

Una lágrima furtiva se desliza en el rostro; gira a su izquierda, se acurruca y saborea el amargor de su partida, que acaba de arrimar en los labios,

—Tú vivirás. —Lua recuerda el intervalo, ya no el quimérico fragmento; claro que puede que ambos existieran en una misma realidad, una inexplorada existencia en la que Él vivirá.

—Yo soñé que él estuvo ahí, en el inmueble, con su estúpida sonrisa, aprisionado de este mundo, y es posible que lo vea en otro estado, más alegre (*sonríe*), radiante.

Evoca su cálida risa.

En aquel momento gustaron de un pastel de chocolate (un poco empalagoso); por petición de Él habían ido a ese café; solían entrar..., solían hacer tantas cosas juntos, recorrer la ciudad en busca de nuevos restaurantes, bares, cafeterías, discotecas, tiendas, almacenes..., como una forma de turistar. Cierta día hablaron de que deseaban recorrer el mundo, darle una probada; tenían casi todo lo necesario para hacerlo, energía, juventud, tiempo... excepto dinero; no eran fanáticos de mochilear, así que, si iban a ver el mundo, sería color rosa; no pensaban probarlo en una clase de vanguardismo artístico compilado en escala de grises; de ahí que recorrieran la ciudad en busca de nuevos sitios, como si exploraran el horizonte, aunque jamás lo dijeron, pero, como muchas cosas que no se hablaron, estaba implícito.

Aquella vez tomaron asiento en una mesa central; solían hacerlo muy seguido; gustaban de una buena panorámica del inmueble y los clientes; además, entre bromas comentaban que un día harían un “simpa”, y ese espacio pretendía ser un excelente lugar para hacerlo; se contaba con una buena información de los empleados y, aparte, no levantaban sospechas. Lua ahora pensaba que jamás harían un “simpa”; acurrucada, cambió de semblante.

Aquella tarde el tímido sol reaparecía cada cierto tiempo entre las nubes; la dulce brisa de principio de año refrigeraba el semblante de la primavera y Él se percató que Lua observaba a la pareja con cierto morbo; al parecer Él juzgó a la joven encantadora y, con el hombrecillo, compartió cierta comparación de campeón de LoL: “Se parece a Heimerdinger”. Lua asintió, luego bromearon un poco en busca de un campeón similar a la chica, pero finalmente se rindieron; no encontraron similitud de sus rasgos; era una típica muchacha de la región, nada extraordinaria, algo normal; era linda; tenía una belleza corriente, ordinaria.

Luego hablaron un poco del joven del fondo; de hecho, porque insistía en observar a Lua, como si con ello realizara cierto ritual chamánico para invocar sus atenciones; al principio

ambos acordaron que era guapo, no obstante Lua concluyó que tampoco era algo notable, otro lobo...; no, lobo no; habían acordado que no volverían a usar esa metáfora descontextualizada; era otra raposa más, nunca en su corta vida vieron un lobo y mucho menos él lo haría ahora; por otro lado, la raposa era muy conocida, ambos la habían observado e incluso consumido por cierto remedio casero para el acné; ambos lo recordaban como algo muy cómico, porque ciertamente no había sido muy útil. De hecho, Heimerdinger sería una excelente gallina, de ahí que no entendían cómo es que una gallina así estaba tan bien acompañada.

En ocasiones los verdes razonamientos se encuentran enmarcados en cierto tipo de conspiración. Ellos solían pensar que el mundo estaba fraccionado principalmente entre gallinas y raposas, claro que también existían algunas gallinas disfrazadas de raposas y unas raposas disfrazadas de gallinas; los granjeros no se escapaban de esta farsa; al igual que los perros, cada quien desde que nacía estaba destinado a cumplir con su papel: desdichados, oportunistas, astutos, víboras, soberanos y lamebotas. Naturalmente, por un factor de orgullo, tanto Él como Lua no encajaban en ese mundo; ellos, fuera de toda farsa, eran dos azulejos que observaban a lo lejos, o bien, cuando el ánimo les permitía, jugueteaban con los actores. La fuerza con que se repetían esta frágil deducción había logrado arraigarse en el impúber corazón hasta creerlo; a consecuencia de ello, sentían que eran dos azulejos que sobrevolaban la granja sin la mayor preocupación y esto los reconfortaba; de ahí que, como muchas de las cosas que no se habían dicho, se sobreentendía.

Lua, en posición fetal, cayó en una ensoñación plena de recuerdos, de la cual la expulsó la alarma del celular; pasaron diez minutos, que se convirtieron en meses, años e inclusive, como algo excesivamente poético, una vida de recuerdos que se había prometido o nunca olvidar, como si fuese su voto más solemne; triste fue; para su pesar, a medida que el mañana se había aproximado la memoria ya le hubo traicionado. Se levantó, fue al baño, salió, se vio al espejo. Él compró uno igual, un espejo sencillo de marco de madera, de un metro con cincuenta más o menos. A la distancia conservaban la tierna ilusión de que ambos espejos actuaban como portal que, sin importar cuán lejos o cerca estuvieran, se podían ama..., no, solo observar; no tuvieron el valor de decirse aquello que sentían; el tiempo fue cruel con su cobardía y hoy tan solo debía soñar con sentirse.

Lua recordó cómo en frente de él se quitó el brasier y el interior, cómo su cuerpo de pies a cabeza fue juzgado, su pelo negro ondulado, tez aceituna, piel un poco más clara; labios rosados, carnosos; ojos medianos, redondos, cafés; pómulos ligeramente pronunciados; cejas curvas, un poco descuidadas; mentón alargado; nariz de puente bajo; pezones medianos, firmes; cintura ancha, dos líneas en su abdomen que daban la impresión de un cuerpo atlético; muslos carnosos, semimusculosos; por alguna razón, hacía parte de esa pequeña porción que no necesitaba preocuparse por el ejercicio ni la alimentación y ello lo hacía sentir especial. Evocó como el cuerpo de él le impresionó, acostumbraba a usar ropa bastante ligera, por lo que en principio creyó que era delgado, pero luego vio sus mejillas redondas y empezó a creer que era gordo y que usaba ropa ancha para ocultarlo; de ahí su sorpresa al ver su cuerpo, la piel era mucho más clara que su tez, al parecer nunca el sol había acariciado su cuerpo y

esto por alguna razón la sedujo; sus brazos (...). Él se acercó lentamente, acarició su mejilla y la besó, Lúa no lo esperaba, aunque tampoco le sorprendió; sin embargo, la forma en que había tomado la iniciativa la conmocionó; era otro hombre frente a ella, no el tonto y frágil compañero que solo hacía reír, porque odiaba la tristeza; no, era diferente, maduro, heroico, guapo...

Lua, sin darse cuenta, se quedó inmóvil, con los ojos cerrados moviendo lentamente las yemas de sus dedos sobre los labios.

—Lu... —Una voz varonil la arrancó de su nostalgia; sobresaltada, captó el silencio de su cuarto, retiro la fugitiva lágrima de su mejilla, tomó una ducha, se cambió, revisó el horario, cogió la agenda, el celular, vio la hora, iba tarde... Hizo un ademán de cómica aprobación y salió del apartamento, llegó a la parada, miró el celular, revisó las redes mientras llegaba la ruta; a primera hora tenía clase de “Módulo de Arte y Ciencias Humanas II”; la daba cierto profesor de unos cincuenta años, agradable, aunque un poco aburrido cuando era cambio de luna; no le importaba llegar tarde a su clase, desde que Él..., bueno, muchas cosas le habían dejado de importar.

Como era de esperar, llegó media hora tarde, tomó asiento y al parecer a nadie le importó que hubiera llegado a esa hora, todos estaban centrados en el proyecto final de semestre; el docente había salido por algo. Lua no sabía qué hacer para el proyecto; sus ideas, como mariposas, revoloteaban en el campo y ella, a falta de red, solo las observaba; como consecuencia, lo más probable era que no entregara el proyecto y le daba igual; el año siguiente podría reponer la asignatura; en su presente no tenía cabeza para pensar en sandeces, recordó que Él solía decir lo mismo cuando le preguntaba si tenía deberes por hacer: “Hoy no estoy pa’ sandeces, mejor vamos a tomar algo” y siempre finalizaba la oración con una estúpida e infantil risita.

—Lu, Lu... ¡Lu!

—¡Eh!, perdona, estaba en otra fecha.

—Últimamente siempre lo estás; te decía, ¿ya tienes pensado qué hacer?

—¡Ah!..., no.

—¿Y qué esperas?

—No sé.

—(*Preocupada.*) Estoy igual.

Ella era Juliana, le importaba mucho la asignatura (de hecho, le importaban todas las asignaturas), era una clase de buen estudiante, pero con poca creatividad o nula, pero agradable, o, bueno, a Lua así le parecía.

—Oye, Lu, Lu... ¡Lu!

—¿Qué?

—¿Vamos a la biblioteca, a ver si encontramos algo en que enfocarnos?

—¿Se puede salir? —No sabía por qué lo había preguntado; puede que en el fondo le importaba la asignatura y eso le disgustaba.

—Sí, el profe dijo que nos daba la hora para que investiguemos.

—Ah, ¿y ya está abierta la biblioteca?

—No, pero primero podemos ir por un café y luego ir.

—Vale, vamos.

—Ok, déjame le pregunto si Kate quiere ir.

Juliana y Katerin eran el típico dúo inseparable que, una vez se habían conocido en primer semestre, jamás se habían alejado la una de la otra; habían llegado a la ciudad como la mayoría de foráneos, muchachas normales de pueblo que pasaban desapercibidas, algo insípidas y que, de un día para otro, habían sufrido un cambio. Él había bautizado a ese cambio como “pokevolucionar” (de hecho, Él lo llegó a oír en un show de comedia; le había parecido tan divertida aquella conjunción de palabras que la solía utilizar muy a menudo, hasta llegar apropiarse del vocablo). Hoy en día tenían el pelo pintado de un peculiar color neón, usaban pintalabios mate, un poco de base, medias tipo malla, chor en jeans o falda corta u optaban directamente por el look hipster; Lua sentía que las apreciaba, pues, fuera de la imagen que pretendían mostrar, eran simplemente dos muchachas frágiles, cándidas y sí, tal vez un poco insípidas.

—Listo.

—Hola, Lua.

—Ah..., hola.

—Mira, yo estaba pensando en...

—Yo me iba inclinar más por el movimiento...

—Y tú, Lua, ¿tienes algo en mente?

—¡Ah! No, realmente.

—Humm... (*mirando a Juli, interrogativa.*)

—Aún hay tiempo, ¿no? (*correspondiendo su mirada.*)

—Sí, eso creo (*sonriendo.*)

Fueron por café; Lua no tenía apetito y lo tomó solo; Juli y Kate se sintieron incómodas e hicieron lo mismo; al llegar a la biblioteca, se ubicaron en una mesa cerca al Bloque D; ahí

se encontraban los libros de arte. En otro tiempo, Lúa estaría en una mesa cerca del Bloque F, en un rincón, al frente Él...

—(*Pasando revista.*) Mira dónde han relegado los libros de filosofía; no les basta con dejarnos las peores aulas, ahora piensan dejar que se empolven nuestros libros; aunque al menos tienen esta ventana... A veces sueño que, con el pasar de los días, se harán polvo y, cuando llegue ese día, habrá alguien que rompe la ventana y tras ese caos entrará un viento, un aire de libertad que levante todo ese polvo, que haga justicia a estas ideas olvidadas.

—Eres un poco romántico, o eso me parece.

—Sí, es posible; toda la culpa la tiene la Literatura; antes no tenía ese problema; ya sabes, antes solía vivir en paz; ignorante, pero en paz, aunque hoy no es que sepa mucho, pero...

—Ahora tienes ese mundo, ¿no es así?

—Sí, ahora tengo todas esas bellas historias en mi cabeza. Y el mundo que se me revela me parece, en ocasiones, un tanto... simple, frío.

—Ponte la chaqueta (*sonriendo.*)

—(*Desenvolviendo la chaqueta del bolso.*) No me refería a eso.

—Sí, lo sé.

Lua, sabía exactamente a qué sentimiento se refería; lo había experimentado con Sombras de sueño, una obra de teatro que Él le había recomendó; de ahí en adelante cada historia que leía le dejaba un raro sabor de boca, parecido al que se tiene cuando se prueba algo supremamente rico y, al final, se sabe que jamás se volverá a probar algo igual. Aunque Lua siempre sospechaba que a Él le afectaban mucho más aquellos libros, tuvieron que pasar unos meses para comprobarlo.

—Lu, Lu, ¡Lu!

—¡Ah!...

—(*Mirando a Kate.*) ¿Ves?, te lo dije, está en otro lado.

—Perdona, me extravié en uno de los senderos de la vida.

—Como que eso te pasa muy seguido, ¿no?

—Así parece.

—Te decía si puedes prestarme tus notas.

—Ah, sí, claro, pero últimamente no he tomado apuntes.

—Solo necesito los de inicio del semestre.

—Vale.

—Sí, los de antes de que te diera por perderte en uno de los senderos de la vida (*risita*.)

Por alguna razón su partida no le había afectado en un principio y había seguido con su vida sin el mayor cambio. Todo había comenzado con la carta; jamás creyó que le hubiera escrito una y mucho menos que se hubiera valido de quién sabe qué medios para que se retardara la entrega; Él no era de cartas; de hecho, las odiaba; sin embargo, le había escrito una, que Lua, apenas había observado el sobre, juró que jamás iba a leer.

—Lu, Lu, ¡Lu!

—¡Ah!

—Ves, te lo dije.

—Te veo mal.

—(*Sonrisa.*) Un poco.

—¿Y es guapo?

—¿Quién?

—¿Cómo que quién?, el que te tiene así.

—Ah..., no es nada de eso.

—Sí, Kate, deja de preguntar bobadas y concéntrate.

—Que se concentre Lu, yo estoy bien.

Por un muchacho, jamás creyó que llegaría a estar así por un muchacho.

—Lu, Lu, ¡Lu! Ya, en serio, Lu, ¡concéntrate!

—Lo siento, en serio.

—¿Sabes?, mejor ve y búscame este libro; así dejas de pensar en quién sabe qué.

—Ok.

Pero lo estaba, ¿cómo no hacerlo? Habían vivido tanto en tan poco tiempo y un día, sin motivo, tal como había llegado a su vida, tuvo valor y se marchó, sin avisarle; no es que le hubiera gustado saberlo, pero, al menos... Y, luego, la carta, esa maldita carta, con cinco meses de retraso; ella pudo haber cambiado de apartamento y jamás hubiera llegado a saber que le había enviado una carta, pero no lo había hecho, no se había cambiado, como si estuviera esperando esa carta, la carta que jamás iba a leer.

—Aquí está... (*Curiosa, al ver que Juli y Kate estaban distraídas leyendo algo.*) ¿Qué hacen?

—Ya vemos por qué estás así; con esa carta, hasta yo lo estaría, y eso que solo es lo escrito en el sobre; no me imagino lo que tendrá adentro.

Lua, con brusquedad, le arrebató el sobre a Kate.

—Hey, tranquila, no es para tanto.

—Te dije que no debíamos tomarlo.

—Calla; tranquila, Lu; fue sin querer, se cayó de la libreta.

Lua toma asiento, sin perderlas de vista.

—Ya estás calmada; mira, no lo abrimos, solo miramos el sobre y lo escrito en él es un bonito poema.

—Sí, Lu; Kate dice la verdad, solo leímos el sobre y estoy de acuerdo en que es un bonito poema, aunque triste, creo.

—(Seca.) No lo es.

—Bueno, a nosotras nos pareció lindo.

—No es un poema.

—Ah, entonces ¿qué es?

—No lo sé.

—¿Quién es L. G.?

Lua abre sus ojos con sorpresa.

—Estaba escrito R. G. en el sobre; se me hace conocida esa letra, pero no recuerdo de quién es.

—Espera, ¿así no firmaba Él?

—Tengo que irme.

—Lu, espera, ¡Lu!

Kate conocía bien esa letra, ella la conocía; Lua los había presentado en una fiesta de la Facultad y él, ni corto ni perezoso, había tenido un rollo con Kate; la relación había sido corta, pues no tenían nada en común; cuando Lua le había preguntado el por qué se había metido con Kate, Él solo le había respondido:

—Me pareció linda. —Y jamás se había vuelto a mencionar el tema. Lua, al llegar al paradero, notó que aún tenía el sobre en la mano; no tuvo tiempo de guardarlo en el bolso, llegó la ruta, subió y tomó un asiento cercano a la salida.

Residiré en estas páginas inciertas.
Estaré en los recuerdos de las voces entrecortadas,
Existiré en aquel sillón cubierto por paños,
Vagaré cuál céfiro sobre tus mejillas,
Envejeceré..., perduraré transfigurado en ti,

Bajo alguna estación partiré.
Estaré lleno de relatos.
Acompañado de la brisa de mi pueblo
Descenderé nueve veces,
Retomaré por la vereda escalada de las letras,
Abatiré molinos, negociaré moral por eternidad,
Soñaré, moriré, soñaré, viviré...

L. G.

—(*Para sí.*) Definitivamente, no es un poema.

De haberlo sido, todo lo que habían vivido no sería nada más que “una ilusión, una sombra, una ficción... y sus vidas solo sueños”. Lua aprieta el sobre, recuesta la cabeza sobre la ventana, sonrío y dice levemente:

—Y los sueños, sueños son.



Figura 2. II.

II

Un extraño impulso arrancó a Lu del autobús; atravesó a prisa la capilla del Cristo Redentor, cruzó la calle y giró a la izquierda; a media cuadra vio el café Mr. Beneto, en el que habían pasado la última tarde, antes de... Lúa y Él solían frecuentar el inmueble; abstraídos por un ambiente de nostalgia pasada, subían con energía las escalinatas de caracol hasta el segundo piso; en el balcón, con esa brisa agradable de la región andina, hablaban sobre otro tiempo, rehuían el presente por cierto temor a encontrar, en la mirada del otro, las respuestas que ya vislumbraban en silencio.

Lua se acercó; la dueña, una mujer de unos cuarenta de cuerpo aún joven a comparación de su rostro, le ofreció una sonrisa interrogativa; Lua, al haber comprendido que le demandaba explicaciones de por qué no habían regresado y por qué lo hacía ahora en soledad, explicaciones que no era capaz de dar sin derramar antes unas lágrimas. Emma Erazo, una mujer de cuarenta y cinco años, que había adquirido el café con su divorcio; su esposo la había traicionado con una mujer mucho más joven, que no mostraba en su rostro todas sus amarguras; eso fue algo que la señora Emma jamás le había perdonado; no que se metiera con una muchacha, eso le daba igual, pues los hombres suelen hacerlo a menudo; lo que jamás le había perdonado era que la traicionara por algo que todos veían, e incluso ella, pero, más que eso, la sinceridad con que se lo dijo, falta de un mínimo toque de delicadeza, que se exige ante estas declaraciones.

La señora Emma, tras el divorcio, había arrendado el inmueble y le había dedicado horas y horas de trabajo, horas requeridas para el cuidado de estas viviendas-museos; tras el esfuerzo, había logrado abrir el café-bar, Mr. Beneto, lo que la había llenado de orgullo y la había reivindicado como individuo. Ella tenía solo un hijo, que se hallaba adelantando una especialización en el extranjero, por lo que básicamente se encontraba sola y buscaba entablar amistad con sus clientes más habituales; no obstante, le parecían seres tan triviales o parecidos a su esposo, a su pasado... que, tras breves intercambios de palabras, los aborrecía.

En junio, un año atrás de los hechos, tras un mes de haber abierto, cierta tarde fresca de poco movimiento, una joven pareja había entrado; como no había mucho por hacer, la señora Emma los había atendido; la pareja había pensado en ubicarse en la zona central, pero, tras escuchar que el local contaba con balcón, no dudaron en subir y ubicarse en él. Su primera impresión de Él había sido la de un buen muchacho; había algo en él que irradiaba inocencia; sin embargo, tras ver sus ojos, se había sentido conmovida, ¿cómo era que una sonrisa tan cálida estuviera acompañada de un iris...? Por otro lado, la joven tenía una belleza agresiva, de esas que podían llevar a que alguien perdiera su alma al alcanzarla; no se trataba de que fuese tan hermosa como Venus; aun así, tenía algo que gritaba: “Si no estás dispuesto a enloquecer por mí, vete”. Ese contraste de pureza y malicia la había cautivado tanto que llegó a desear estar en el lugar de la pareja, retornar unos años y convivir con ellos, descubrir el

fatídico final, acompañarlos en esa vereda de alegrías y pesares; ser la madrina de aquel particular encuentro.

Tras esa excelente primera atención recibida, Lua y Él visitaban por lo menos una vez a la semana a la señora Emma, cosa que ella agradecía, tanto por sus ingresos como por su compañía; en julio se había enterado de que ya no eran pareja, lo que la había desilusionado un poco, pero, tras ver que ambos se habían sonrojado con la declaración, vio esperanzas de su ensoñación y se había propuesto la tarea de juntarlos y ver hasta dónde llegaban; si era preciso acompañarlos hasta el otro mundo solo para saber que ahí se amaban, lo haría. A finales de agosto, mientras bebían una cerveza en su compañía y evocaban los juegos que de niños solían realizar, Él, conmovido por una acogedora imagen, invitó a Lua a volar una cometa.

Ella, abstraída en sus memorias, al contemplar cómo su madre a través del espejo le cantaba cierta canción anónima mientras le peinaba y disgustada porque Él le había arrebatado un momento feliz con su madre, de forma agresiva le contestó:

—¿Acaso eres un niño? —Él, con una frágil sonrisa, se había ruborizado. La señora Emma, que observaba todo desde su edén, cómo esos dos pajarillos danzaban a ratos en primavera, a ratos en invierno, para rehuir el sentimiento que los dominaba, tuvo una intervención divina y, como si Dios los hubiera tomado para guiarlos desde la tempestad hasta el florecimiento, finalmente Lua arribó a la puerta de la casa del pueblo de la madre de Él, oyó una voz adentro de la morada y la atacó un nerviosismo incontrolable; a pesar de que en la calle no había transeúntes, se sentía observada; cuando sintió que la puerta abría lentamente la invadió un temblor incontrolable.

Durante las dos horas de viaje, habían guardado silencio; Lua, que admiraba a través de la ventana el paisaje andino que se le extendía, se sentía sobrecogida, viajaba entre quimeras sobre ese espectáculo como libre avecilla, pero caía en tristeza al sentirse cohibida por el espacio reducido del vehículo en el que viajaban; por su parte Él solo dormía, o quizás algo más, cuando oyó esa voz:

—Ay, m' hijo, se ha venido.

—(Sonriendo.) Bendición. —La madre de Él era una mujer de unos cincuenta años, de contextura delgada, tez clara, rostro, no... Describir así a doña María sería indebido; el temor que había sentido Lua no era vano; al mirar fijamente a doña María, lo captó con mayor fuerza; su rostro tenía una dureza de madre superiora, que no solo despertaba temor, sino respeto, incluso algo de santidad. Doña María era la hija menor de una familia de once, mujer madura en todo el sentido de la palabra. La forma como había basado su vida le destacaba aún más; desde muy pequeña había asumido cierta actitud que intimidaba a sus mayores; al mostrar una fe fuerte, los más cercanos le pronosticaban que seguiría una vida religiosa, pero ella era mucho más sabia. Jamás se casó, en parte por orgullo, en parte porque jamás había entendido cómo una persona podía depender sentimentalmente de otra, eso le parecía infantil; claro que ese pensamiento había cambiado cuando nació Él.

Doña María tenía una hermana mayor, a quien quería mucho, con un cariño correspondido; su hermana, la verdadera madre de Él, por otro lado, había sido menos racional y se había casado; tuvo tres hijos, uno de ellos regalado a su hermana menor. Doña María, al ayudar a criar al primogénito de su hermana, despertó un sentimiento; luego de meditar por años aquella nueva emoción que la invadía, en una conversación le había sugerido a su hermana que tuviera otro hijo, que ella se encargaría de Él; así fue como llegó a comprender el amor; jamás en su vida hasta ese instante había sentido algo tan fuerte por otra persona, incluso ni por su hermana, pero, por ese niño, ese frágil bebé, al que había pedido casi por encomienda, era capaz de entregarle esta vida y la próxima, si existiera, porque doña María, pese a ser muy católica, dudaba de su fe; pese a ser muy estricta, era permisiva; pese a aborrecer el matrimonio, adoraba a la familia; pese a ser tan fría y cruel, sentía un inmenso y cálido cariño; es posible que el sentido que había encontrado para su vida, tuviera esas contradicciones.

Doña María había hallado la finalidad de su vida en Él; todas sus fuerzas, sueños, temores, se basaban en su hijo; por eso, al ver a Lua por primera vez, se sintió celosa, desconfiada o temía tal vez que ella lo comprendiera mejor y que ahí terminara toda su entrega, algo comprensible para una madre, pero, a pesar de ello, se contuvo de demostrarlo y, por el contrario, le brindó una afectuosa hospitalidad, porque, muy en el fondo, sabía que su vida se estaba acortando y que, por otro lado, la vida de su hijo apenas alzaba vuelo.

—Su mamá mete miedo.

—¡Ja, ja, ja!, para nada.

—¿En serio?

—Cuando la conozca mejor, se va a dar cuenta que...

—¡...!

—¡Voy! Ya vuelvo.

La casa tenía ocho habitaciones repartidas en zigzag sobre un largo corredor central, que terminaba en un patio de colgar ropa; a su derecha, la zona de lavado, baños y el fondo de la construcción, que era un solar de unos nueve metros de ancho (los mismos nueve del frente), por diez de largo, sembrado de maíz, coles, sábila, cedrón, calabaza, cilantro y otras cuantas plantas más. Tras ese primer choque de miradas, Lua comprendió que la madre de Él se encontraba en otra dimensión, inalcanzable para una mocosa como ella y, sin darse cuenta, a partir de esa primera impresión empezó a admirarla en silencio, pues ella era muy diferente a las mujeres con las que había crecido y llegado a conocer; le parecía que acababa de descubrir un tesoro o una estirpe humana más bella, perfecta, venerable, ya extinta o casi extinta, pues solo debía quedar ella, y Lua debía aprovechar esta oportunidad que la vida le otorgaba para observarla, a pesar de que sus palabras dijeron algo tan simple como “Su mamá mete miedo”.

—¿Y ella... es?

—Am...

—No es que lo quiera controlar, solo pregunto.

—Bueno...

—No, no me diga nada; ya les preparo la cama.

—Am... (*Sonriendo.*)

—Y ¿cómo se llama?

—Lua.

—¿Cómo?

—Lua.

—Lua, ¡qué nombres les ponen ahora!

—¿Sí?

—Vaya a hacerle compañía, no es bueno que la deje sola.

Lua, ese nombre raro para doña María, le daba consuelo, como si en lo original del nombre morara lo bueno o, al menos, así lo creía. Doña María, mientras arreglaba la cama, los veía en la pared del cuarto, como fotografía de un viejo almanaque, ahí distantes, felices, con hijos, quizás separados, pero felices, porque tenían hijos que tenían todo el amor que una vez se habían profesado; sí, era una buena muchacha, como muy pocas quedan aún; ella lo sabía, lo había leído en sus ojos intensos; era posible que no vivieran una vida juntos, pero la breve instancia que coexistirían serían muy felices, tanto que tendrían hijos, que transmitirían sus sueños y pesares que, al final, serían los mismos suyos. Muy al contrario de lo que se suele pensar (respecto a que es necesario esperar un tiempo prudente para conocer a otro individuo), en realidad nada de esto ocurre; al tratarse de seres tan fugaces, se atesora esa primera impresión y sobre ella levantamos una vida de cristal o un presagio de pesares; ahí está el problema que tiene la mayoría de nueras con la madre de sus parejas.

—La abuela solía decir...

—(*Interrumpiendo.*) ¿De qué hablan?

—Am, es que...

—Acabó de pasar un gato por el techo y (...) me estaba contando una historia.

—¿Cuál?

—La que solía contarle la abuela, la del finado.

—(*Tomando asiento frente a ellos.*) Yo sí les tengo miedo; mi mamá sabía decir que eran el diablo, más en la noche, que saben aullar como bebés, ¡ay, no!

—¿Y de quién es?

—De la vecina de acá al lado y no solo es uno, son varios; doña Blanca me dijo que les pusiera veneno, pero eso es malo; matar gatos trae la desgracia; por ejemplo, mire usted a doña Blanca: ¿qué tiene?, nada; yo, por eso, mejor los dejo.

—Ma, ¿y cómo iba la historia? No me acuerdo del inicio, solo de...

—A ver...

“Un gatico ha tenido el finadito” era lo que repetía la vieja Graciela, en su locura.

Según cuentan todo ocurrió en los últimos días de marzo, días cercanos a la semana sagrada. Como suele ocurrir con noticias de esta índole, la muerte del viejo Bolívar, hombre despreciable, de quien la gente de buena fe comentaba historias sobre cierto pacto infernal, causó asombro y sosiego; muchos espectadores, después de ver el inerte cuerpo cubierto sobre la mesa, aún no lo creían y volvían a verlo más de dos veces, por si se movía, respondiendo así a una acción contra natura.

A pesar de que la noticia causó revuelo, llegada la noche, fueron pocas las almas samaritanas que se quedaron velando el difunto; uno de ellos fue don Aureliano, que portaba cierta fama de pregonero, un par de hermanas que regresaron a las diez de la noche al convento y, finalmente, doña Graciela, que se galardonaba por ser buena cristiana; llegada la hora del evento, don Aureliano se ha de ir por una botella de aguardiente; doña Graciela, que cabeceaba, se sirvió café y dio un pequeño recorrido por la habitación; para sorpresa de doña Graciela, un gato apareció y se posó sobre el pecho del difunto:

—Ve, un gatico ha tenido el finadito —exclamó para sosegar su sorpresa; pasados unos minutos fue apareciendo otro gato negro, que se posó al lado del anterior.

—Ve, dos gaticos ha tenido el finadito —volvió a decir, tratando de no darle mucha importancia, pero, pasado el mismo tiempo, otro gato se asomaba y realizaba lo mismo.

—Ve, tres gaticos..., cuatro gaticos..., cinco gaticos..., diez gaticos..., y la cuenta fue aumentando hasta que el cuerpo estuvo totalmente cubierto y el rostro de doña Graciela cambió de la incertidumbre al terror.

Lo macabro ocurrió cuando don Aureliano llegó con media botella vacía de aguardiente; en ese instante se oyó un escalofriante coro de maullidos que liberó a don Aureliano del efecto del licor y oscureció la habitación; al coger los fósforos e ir encendiendo tembloroso vela a vela en busca de doña Graciela, se fue revelando la monstruosidad, tanto que ningún sacerdote se atrevió a otorgar los santos óleos.

—Por eso mi mamá solía decir que los gatos son el diablo y, bueno, yo crecí con ese miedo hacia los gatos.

A través del tragaluz se ve una sombra que se acompaña de rápidas pisadas.

—(*Sobresaltada.*) ¡Huy!, ese mugre... —Lua y Él ríen; avergonzada, doña María los acompaña.

En la habitación, sus rostros, incómodos, son iluminados por el brillo del televisor. Él, sentado en un viejo sillón café, cada cierto tiempo gira a su izquierda y ve el rostro de Lua; ella, a su vez, realiza la misma operación, sin encontrarse con su mirada. Doña María está en su habitación, descansa plácidamente, quizás sueña con el porvenir, quizás recorre sus huellas. Llegada la hora de dormir, tuvieron que llenarse de valor y afrontar la situación que doña María les planteó.

—Ehh..., puedo dormir hacia abajo. (*Sonrojándose.*)

—Ah, sí..., pero estarías incómodo.

—Humm...

—Podemos dormir normal, la cama es bastante amplia.

—Sí, creo que tiene razón.

—Entonces, apago el tele; mañana debo levantarme temprano para buscar una cometa.

—Ah..., sí. Dos, de hecho.

—(*Sonriendo.*) Tienes razón.

Lua, decúbito lateral hacia la pared, juega con su cabello; Él, en la misma posición, pero con miras hacia el otro lado, solo guarda silencio.

—Creo que mañana va a hacer bueno.

—¿Cómo lo sabes?

—Mamá dice que cuando hace bastante frío, al otro día calienta bueno.

—Mejor, ¿no?

—Sí, ya lo creo.

—(...)

—¿Sí?

—¿Has pensado?...

—¿Pensado..., en qué?

—No, nada, olvídalo.

—Humm... ¿Recuerdas cómo nos conocimos?

—¿La primera vez?, o ¿a cuál te refieres?

—Humm..., no sé; ahora que lo pienso, nos vimos muchas veces antes de..., ya sabes..., hablar.

—Creo que la primera vez fue en la lunada.

Moi, je me dis que c'est toi

—... Estabas... muy, muy bonita esa noche.

—...

Un incómodo silencio. Lua gira hacia Él y Él, a su vez, corresponde a su movimiento.

Et je sais que tu y crois

Al no calcular bien el espacio que compartían, ahora están muy cerca.

Tu es celui qui rythme mes bonheurs,

Los dos sienten el aire que respira el otro.

Qui rythme mes humeurs

Lua siente cómo le acaricia la mejilla.

*Juste comme ça
Et je me dis que c'est toi*

Las palabras no hacen más que estorbar; lo saben, solo esas caricias infantiles que algunas veces entregaron al niño de la cuadra, a la prima de un amigo, son relevantes ahora.

*Et pour la toute première fois
Pardonne moi mes doutes et mes colères*

La noche se entregó a los húmedos labios, que guardaron aquellas palabras que de día no eran capaces de decir.

*Le temps fera l'affaire
Et toi et moi...*

Él, como lo había dicho, madrugó. Cuando Lua abrió sus parpados perezosamente, no lo vio por ningún lado, lo que la llevó a creer que lo que había ocurrido habían sido solo visiones de Morfeo. Llegada la tarde, tomaron su cometa, se despidieron de Doña María y se encaminaron hacia el lugar donde alguna vez, de niño, había jurado jamás dejar de luchar; hoy ese niño olvidó su promesa.

La cometa de Él no voló; tenía un defecto que la hacía ir en picada hacia la izquierda; por otro lado, la cometa de Lua surcaba el cielo como un ave; era tanta la emoción que le produjo que no se percató que el final del nylon no estaba atado al carrete y ahí terminó su contento, al ver como su cometa se alejaba en el horizonte.

Sentados sobre el pasto, charlan sobre lo ocurrido, rien, recuerdan, sueñan y vuelven a reír.

—¿Sabes?, me gustaría que alguien escribiera sobre mí.

—¿Por qué?

—No lo sé, quiero vivir en esas historias que leemos, quiero ser esa duquesa que arriesga todo su porvenir por amor, quiero ser esa doncella que por su belleza hace enloquecer a los hombres, quiero vivir en aquellos párrafos...

—Yo escribiré sobre ti... —Él gira su rostro hacia el lado contrario de Lua, avergonzado por lo que acababa de escapar de su corazón; Lua sonrío, lo empuja con el hombro.

—Gracias.

Años atrás, Él hubiera sido el hombre que perdía la cabeza por su amor, cuando todo era distinto, cuando era un soñador despierto, cuando aún deseaba; en esa época, se hubiera armado de valor, el valor suficiente para decirle que la amaba; la amaba tanto como para ofrendarle su vida, una vida que aún tenía y no era un triste recuerdo que lo corroía poco a poco.

De regreso, solo dijo algo, que Lua juzgó trivial:

—Yo no quisiera que alguien escribiera sobre mí.

—(*Distraída.*) Humm..., ¿por qué?

—(*Con rostro serio.*) Me rehúso a la tonta idea de ser un personaje.

Al llegar, su hermano mayor se encontraba hablando con doña María. Tomás ve a su hermano y le dirige un cálido saludo:

—¿Qué más, *bro*?, ¿cómo ha estado? Sss, vea eso, ¡cada día más mamado!

—Bien, fui a volar una cometa.

—Yyyy..., velito, con razón ya casi no viene, ¡eso lo tiene embelesado!...

Lua atestigua el saludo y solo se remite a reír con cada ocurrencia del hermano.

—¡Qué va a ser!...

—Y ¿qué más?, ¿cómo va la U...?

—Bien, creo.

—Ah, ¡qué bueno!, ¡me alegra, *bro*!..., y... ¿John?

Tomás y John eran sus dos hermanos: uno era el primogénito, el otro era el menor; Tomás era alto, trigueño, pelo rizado y dueño de una enorme sonrisa, que lo acompañaba siempre; John, por el contrario, era de estatura mediana, tez clara, pelo rizado y de un rostro que imponía respeto.

Lua conocía bien a su hermano menor; los dos vivían juntos en la ciudad; sabía de la existencia de un segundo hermano, aunque tan solo conociera que existía, pues tanto Él como John no hablaban mucho de Tomás; incluso había llegado a pensar que estaban disgustados con él, pero, al ver qué gratamente conversaban, entendió que no existía tal disgusto. Tomás era un gran conversador, sacaba temas de conversación como un mago saca cosas de su sombrero.

—Está dura la situación, ma; ¡imagínese que ayer atracaron al Patecumbia!... Sí, ahí, en la vuelta... No..., ¡imagínese, bro!; por eso, ahora toca cuidarse...

—Ya lo creo.

—Ya se está poniendo como abajo.

—¿Tanto así?

—... Es que hay mucho ladrón; no sé qué día se robaron la bicicleta del Cascaritas... —Doña María, sorprendida, comienza a formular preguntas, que Tomás no tarda en responder con cierto humor.

—En serio, ma...; pues, ahí, en el centro..., la dejó al frente de la droguería, mientras compraba un remedio y, cuando salió, ¡pailas, la bicicleta!... La verdad que sí, porque esa bicicleta sí era vieja; al pobre cuchito lo tiene decaído el robo; va a tocar que le diga a su ahijado que venga a consolarlo... Cual más, John...; si es el padrino; recuerdo muy bien que el día del bautizo, con su chalequito y pantaloneta, levantó la mano desde atrás, cuando pregunto quiénes eran los padrinos de John, ¡ja, ja, ja!..., y llegó ese día con su cicla, desde ese tiempo la tenía; ¿cómo no le iba a doler la pérdida?... Eso, conversando con él, me dijo (*imitando los gestos del Cascaritas*): “Esos triplehijueputas me la van a pagar, si los llevo a encontrar; ¿cómo se van a robar mi bicicleta, que tanto quería?, incluso más que a mi mujer”, ¡ja, ja, ja, ja!... ¿Cómo qué no? Así dijo, ¿cómo?, ¿no me va a creer?, sordo no estoy.

—¡Ese Tomas sí es mentiroso!; yo si no creo que así hubiera dicho don Humberto.

—Ah, bueno, no me crea.

—Entonces, está peligroso; no creí que se hubiera puesto tan mal la situación.

—Pues sí, *bro*; así son estos nuevos tiempos; además, hay mucho forastero y, ya sabe, eso siempre lo complica todo.

—Ya lo creo. (*Sonriendo.*)

—Claro que no tanto como abajo; ahí es otro nivel. —Lua mira con un gesto interrogativo a Tomás.

—¿Cómo? ¿No le ha contado?

—Es que no recuerdo mucho. —Esa era la respuesta evasiva de Él, cuando se le preguntaba sobre cierto tema que le disgustaba.

—Hum..., ¿pero supongo que sí le contó que vivíamos en el Bajo?

—Sí, algo mencionó.

—Pues, ¿por dónde empiezo? Eso, era un pueblo sin ley, las muertes casi que eran diarias; un día torturaban a una persona en la planta de sacrificio, a otro lo mataban en un bar, a otro lo arrastraban por todo el pueblo frente a la policía; parecía de película; por suerte (...), estaba en la escuela, por eso creo que no lo recuerda bien.

Era cierto que tan solo era un niño cuando veía las masacres, pero su viva memoria recordaba claramente a cada una de ellas como si hubieran acontecido horas atrás, a pesar de que las solía embriagar con videojuegos, lecturas y salidas.

—Tiene razón, casi no las recuerdo.

Lua vio su rostro y se percató que mentía; vio a su alrededor; tanto Tomás como doña María sabían que Él mentía, pero todo quedó ahí.

—Y, así como le cuento, ese pueblo era terrible; madrecita, ¿ya va estar la cena?... Debo ir a comprar unas cosas para ir a dejar al niño.

—Ya no más...

—Bueno. Mientras, le voy a contar una de las tantas historias que sucedieron mientras vivíamos allá.

Lua asiente con la cabeza, reposa y cruza sus brazos; adopta una posición de estar atenta.

Colombiche

La acción ocurre en octubre del 2004, de nueve de la mañana a tres de la tarde, en Puerto Machete, día caluroso.

La chiva

9:30, a 20 minutos del poblado.

El ayudante, un muchacho pardo de unos dieciocho años, cobra los pasajes de cada fila; el conductor, un hombre trigueño de bigote de charro, propietario de un pronunciado abdomen que se mueve como una bolsa de agua con el vaivén de la chiva sobre carretera destapada, vigila la labor de su ayudante a través del retrovisor. En la primera fila se encuentran dos señoras de rasgos aindiados conversando animadamente; detrás de ellas un hombre de piel oscura, mal encarado, disimula su interés por la charla de las señoras mirando a través de la ventanilla de su fila.

—¿Escuchó sobre los muertos de las perlas?

—¿Los que dejaron tirados en la escuela?

—No, esos, no...; esos, también.

—Se está calentando la región.

—... ¿Y sabe por qué los mataron?

—(*Acercándose y bajando su tono de voz.*) Dicen que eran paras.

—Hummm..., eran de ellos.

—(*Regulando el tono.*) Sí..., ¡imagínese, uno de ellos era marido de esta Juana!

—¿Cuál Juana?

—Usted la debe conocer; sabe salir los domingos a vender piquimochas al mercado.

—Hummm..., creo que sí, sabe ir con un poco de peladitos.

—¡Cinco! ¡Ya cinco niños, imagínese!

—¿No eran cuatro?

—No, el mes pasado dio a luz a una niña.

—Hummm..., con razón ya no la había visto.

—Sí, ya semanas que no salía al pueblo... Le comento (*acercándose nuevamente*), al parecer el marido les informa a los de arriba de los movimientos de los muchachos; alguien les avisó y, en el bazar del sábado, que todo mundo fue a beber y a apostar en los gallos, al parecer un miliciano esperó a que estuviera borracho, porque, eso sí, para tomar sí la tenía negra; hombre pa' irresponsable, los niños y Juana alimentados a punta de plátano y yuca, mientras que el señor se bebía todo el dinero.

—Y ¿qué pasó?

—(*Gira para mirar hacia atrás; luego, se acerca.*) Pues, en eso de la madrugada, cuando todos estaban borrachos, le disparo en la mesa y emprendió la huida; dicen que tenía un caballo amarrado en los árboles de pomo que quedan cerca a la caseta.

—Con razón ayer hubo reunión, ¿usted fue?

—No, m' hija; a mí me dan demasiado miedo esas reuniones; fue mi marido y como que van a mandar un comunicado o van a estar más atentos, o algo así, me comento.

—Sí, la vecina me comentó que amenazaron con hacer limpieza.

—¡Virgen santísima!, ¿no le digo yo?, esto se va a poner feo.

Al oír lo último comentado, el hombre, que las escuchaba con mórbida atención, sonríe.

—Yo estoy pensando en pasar unos meses con mis hijos en la capital, con mi hermana; ella me da hospedaje, no me pone mucho pereque... El marido la abandonó por una mocosa y la dejó con la niña; ya me estaba diciendo que la acompañara y, ya con esto..., claro que lo voy hacer; que se quede Raimundo, pero nosotros nos vamos, ¡qué peligro!

—¡Qué suerte tiene usted!; en cambio, yo, mire; atascada aquí, no tengo dónde ir.

—¿Y su familia?

—No, ellos no quieren saber nada de mí desde que me metí con mi marido.

—¿Y la familia de él?

—Esos sí que son peor; esa familia es bien mala, es como si no tuviera nada; con decirle que mejor lo trata a uno un extraño que ellos; ¡no, calle!, ¡eso sí que no!; ¡muerta antes de ir con ellos!, ¡no, no, no!...

La escuela

En el salón de clase de octavo, los muchachos aprovechan que el docente salió para hacer desorden.

—¿Y no sabes más?

—No, solo eso; medio escuché de mi papá, cuando hablaba con ma.

—Humm...

—Sabes quién puede saber, El gordo.

—Ve, Tomás, vení.

El muchacho no responde al llamado; se encuentra entretenido conversando con una compañera.

—Ve, bofe, te estoy hablando.

—(*Gira irritado.*) ¡Sí que joden!

—No te enojas, hombre; solo queremos saber una cosa.

—Sí, tranquilo, solo es una pregunta.

—A ver, pues, ¿qué quieren?

Los muchachos se miran, sonríen y ven a la joven con quien Tomás conversaba.

—(*Riendo.*) Ya nos dimos cuenta; ve, gordo cochino, ¿qué le quieres hacer a la pobre Sarita?

—(*Sonrojándose.*) Nada, dejen de preguntar bobadas; ¿van a decir qué quieren?... O me voy.

—Ya, está bien; ¿qué sabes de los muertos de abajo?

—¿Los de las perlas?... Ah..., era eso; según escuché de papá, los guerros lo hicieron; papá tuvo que asistir a la reunión que hicieron ayer, cosa que, según lo que dijeron, ellos fueron los que lo hicieron y que esto se va a poner (*realizando un ademán de escándalo*) ¡CA-LIEN-TE!

—Te lo dije, eso fue porque eran paras; según papá, van a comenzar a hacer limpieza.

Suena el timbre.

—Voy a hacer fila al restaurante

—Vale, vale.

—¿Qué?, ¿vamos por mecato?

Colombiche

Los estudiantes se encuentran comprando mecato en el carrito de Colombiche; nuestros dos jóvenes siguen charlando animadamente bajo la sombra de un árbol de pomo, que se encuentra fuera de la institución, a un par de pasos de la entrada.

—Y tu hermano, ya ratos no abre la tienda; ¿se fue?

—Sí, compró tierra abajo y se puso una química.

—Ve ¡y no me contaste!

—Se me olvidó, creo.

—¿Hace cuánto?

—Uh..., ya hace más de un mes, creo; estaba cansado de no tener billete, la tienda no daba mucho; el sábado en la tarde, que me viste con botas, era porque me iba a trabajar con él.

—¿Y es bueno?

—¿El trabajo o mi hermano?

—Ambos.

—Esa gonorrea es más abusiva, pero, igual, me paga bien por ser familia y, pues, es pesado, el puta sol calienta feo y las manos, mira, las tengo hechas mierda por raspar, pero da frutos; ese día gané CINCUENTA MIL, CIN-CUEN-TA-MIL.

—¿En serio? ¿Y tan solo un día?

—Ni siquiera completo, solo la mañana, porque la tarde ya estuve aquí, gastándomelos.

—Eso es re-bueno; a ver si me llevas.

—Claro, me dices y nos vamos..., aunque mejor paga en la química; voy a ver si me enseña, para en vacaciones ganarme las re-lucas y gastármelas en viejas.

—¿Qué vas a saber vos de viejas?

—¿Como qué no? ¿Te acordas de Laurita?, ¿no la besaría? Y Vanesa..., a Vanesa le toqué los senos, aunque son pequeños, pero se los toqué, y con Claudia, yo te conté que le toqué esa chocha.

—Eh... Digamos..., ve, ahí va El gordo.

—¡Tomás!

—¡Bofe!

Tomás los ve, hace un ademán de saludo con la cabeza y se les acerca.

—¿Qué?, ¿de qué hablan?

—Nada, este hablando paja.

—¿Cuál paja, m' hijo?, yo no miento; si quiere, un día le muestro pruebas y todo.

—(Riendo.) ¿Y qué pruebas me va a mostrar, bobo?

—Voy a comprar colombinas, mejor.

—Nos traes unas.

—Sí, comparte; ¡no se las vaya a tragar todas, gordo tragón!

—Compren ustedes.

—No, yo estoy pailas, ¿y vos?, ¿no que ganaste cincuenta mil?

—Sí, pero ya me los gasté.

—¡Par de arrimados!

—¡V' este gordo!, ¡ya habla con Sarita y se cree el putas!

—¿Cuáles?... Y ¿cómo ganaste cincuenta mil?

—Raspando, m' hijo; trabajando.

—Ve, ¿y tu papá no tiene coca?

—No, de lo que llegamos no hizo por conseguir; dice que eso es mucho riesgo.

—¿Y antes tenía?

—Sí, abajo, en La Esmeralda, tenía una química, pero, desde que mataron a un primo los narcos, llegamos aquí y solo ganado; dice que es más fácil y sin tanto riesgo.

—¿Por qué? Según mi hermano, eso es buenísimo, mejor que cualquier negocio.

—Sí, hasta que te maten.

—(Riendo.) ¡Qué me van a matar!, si soy el putas. Además, la ley ni baja.

—Pero los guerros y narcos, sí.

—Tiene razón, mucho peligro.

—¡Qué va a ser!, ¡par de gallinas que son!

—¿Cuáles?... ¡Gallina, usted! Voy a comprar mecato, mejor.

—Ve ¿y Colombiche?

—¿Qué pasa con él?

Tomas se disponía a ir a comprar mecato, pero, al oír el cambio de foco de la conversación, decidió quedarse.

—Sí, ¿qué pasa con Colombiche?

—A ver, gordo, utilice la cabeza: ¿cómo que qué pasa? Él no es de los... (*Mirando hacia donde estaba Colombiche, vendiendo en su carrito de madera.*)

—¿De los paras?

—¿Cómo que de los paras?

—¿No lo sabías? Todo el pueblo lo sabe, como que es informante; ¿qué pasara con él ahora que van a hacer limpieza?

—Le toca pisarse; eso si no quiere estar con la boca llena de moscas.

Se oye el sonido de un claxon.

—(*Mirando hacia el mercado.*) La chiva.

—Se demoró, ¿no?

—Sí, sabe llegar a lo que salimos al recreo.

La cantina

Dos hombres se encuentran conversando en el corredor de la cantina.

—¡Qué puta calor hace!

—Hoy va calentar como un diablo

—¿Qué horas son?

—(*Mirando el reloj de su muñeca.*) Las diez.

—¿Las diez? ¡Putita chiva!, ¿se demoró, eh?

—La buseta sube más rápido.

—(*Tocando la mesa impacientemente con el índice.*) ¡Qué cosa!

—¿Y qué?, ¿cómo van las cosas abajo.

—Bien, bien. Salí a comprar algunas cosas para la química, pero se me olvidó traer el repuesto dañado de la guadaña; una comadre que sube lo va a traer y nada que llega esa verraca chiva... Ojalá llegue antes de la que baja, si no me tocó esperar hasta las doce, ¡qué vaina!

—Ya no alcanzo; mire, llegó la buseta.

—¡Qué vaina, hombre!

—Complicado... Por cierto, ¿qué sabe de lo que pasó en las perlas?

—¿De los muertos? (*Toma un bocado de cerveza y continúa.*) No, hombre, eso complicó el negocio. ¿Cómo que van a subir la vacuna para quienes laboramos?, y las relaciones con estos, ¿no?, cada día más calientes.

—¿Y eso?

—Lo de siempre, que les están cobrando muy cara la vacuna los muchachos y nos quieren comprar la mercancía más barata; no, ¡así no se puede! Toca ver cómo se soluciona esto; más, que tengo lista la hoja; no quiero que me paguen la mercancía barata, pero, como van las cosas, está complicado.

—'Tonces, está feo.

—Sí, pero ¿qué se hace? (*Toma un bocado de cerveza y prosigue.*) ¿Que más opción hay? Es eso o no tener para mercar.

—(*Tomando un bocado de cerveza.*) Complicado...

—Ahhh... Ahí va la buseta, ¡qué rabia con esa chiva!, eh...

Se oye el pito de la chiva, que anuncia su llegada.

—¿No le digo?, está apenas llegando, ¡me tocó esperar hasta las 12!

—No se queje tanto, seguimos hablando y tomando pola.

—Pues, si no...

Los dos hombres siguen hablando; una señora se baja y se dirige hacia la cantina, pues un hombre le grita desde ahí; atrás de ella, el hombre de piel oscura la sigue; al llegar, pide una cerveza; la administradora llega, le sirve la cerveza y sale; el hombre toma asiento al lado de los dos hombres.

—Mucho calor, ¿no?

Los dos hombres asienten con la cabeza; uno toma un sorbo y el otro le responde:

—Hum..., bastante.

—¿A qué horas bajan los carros?

—Creo que..., aunque, bueno, ahora hay dos carros...

—La buseta a las 12, pero solo va hasta El Rosario; la chiva de la una si va hasta abajo...

—Ah... (*Toma cerveza y continúa.*) ¿Y el último carro?

—Ese sí es a las tres.

—Compadre, lo dejo; debo ir a comprar el repuesto de la guadaña y a traer los galones.

—Vaya, no más; yo también debo ir a ver si le encontraron el gallo a la moto.

Los dos hombres se despiden; solo queda el hombre de la chiva bebiendo cerveza en el corredor de la cantina, mientras en el fondo el dueño de la cantina sale y, con él, la administradora, conversando.

—¿Ya vinieron a pagar las cajas del bazar?

—No, al mediodía quedaron.

—¿Y el almuerzo?

—Más tarde lo mando a pedir.

—¿Cuándo quedaron de traer las canecas?

—El viernes; creo que con las que hay alcanza.

—Voy a ver la bodega... (*Mirando hacia el corredor.*) ¿Y ese?

—No sé, pidió una cerveza y se sentó; creo que llegó con la chiva.

—Échele ojo, ese me da mala espina.

—Bueno.

La salida

Suena el timbre de salida; con la una, la estampida de estudiantes.

—¿Vamos a las máquinas?

—Hágale; voy, dejo los cuadernos y le caigo.

—¿Vamos, Tomás?

—No sé, debo estar pendiente de la chiva.

—Hágale; esa aún tarda, estamos pendientes.

—Bueno vamos.

Pasan por el carrito de Colombiche.

—(*En coro.*) Nos vemos, Colombiche.

—... Luego, niños...

La despedida

Tomás, sentado en una silla Rimax, mientras juega; a su lado uno de los muchachos, a su espalda el otro mira; suena el pito de la chiva, que anuncia su llegada; el extraño pregunta si es el último carro a la administradora de la cantina; esta le responde con una afirmativa; el extraño vacía la botella y se dirige hacia la escuela atravesando el parque. Tomás sale presuroso hacia la bomba del pueblo que queda a la salida a esperar la chiva, pero antes ha de parar en el carro de Colombiche, que le queda de camino, por unas papas; dobla a la izquierda en la esquina; al ver que Colombiche alista su carro, le grita:

—(*Agitado.*) ¡Colombiche, espere!

—(*Levantando la cabeza.*) Afane, niño, que debo ir al centro a terminar el día.

Colombiche se agacha a buscar algo en los cajones; al frente, Tomás se le acerca corriendo; atrás, aparece el extraño con un arma en la mano; Tomás se detiene, asustado.

—(*Sacando la cabeza del cajón.*) ¿Qué le pasa, niño?

Tomás, temblando, solo observa al hombre que levanta la pistola; Colombiche gira y lo atraviesan los ensordecedores disparos; el conductor de la chiva, que daba vueltas en el centro para recoger pasajeros, al oír los disparos toma la calle principal y emprende su salida; el hombre corre hacia la bomba, intercepta a la chiva y se cuelga de la escalera trasera, Tomás aún se encuentra temblando ante el cadáver, con los pantalones mojados.

—Esta es su Radio Maguare estéreo... Queridos oyentes..., esta tarde, una tarde calurosa, buena para..., les traemos una bella canción de Los Rayos de México...

El sol calienta intensamente.

Cuando al panteón ya me lleven
No quiero llanto de nadie...

La chiva levanta polvo.

... Por eso quiero me lleven
Con una banda tocando,
Canten, no lloren muchachos...

Algunos muchachos, que se encuentran en la capota, cogen guamas.

... Y si al correr de los años
Mi tumba está abandonada...

La sangre entremezclada con el polvo le da cierre a la escena.

... De aquella cruz olvidada
Juntan la tierra y no olviden
Que el que muere ya no es nada...



Figura 3. III.

III

La señora Emma, con los brazos extendidos, agarra la taza de té con sus dos manos, mientras medita en las palabras que debía pronunciar; Lua, por su parte, ve la calle a través del balcón; imagina que lo ve, tonto, sonriente, al otro lado; pasa las yemas de sus dedos por debajo del ojo para limpiar un exceso de humedad; mira el rostro desgastado e incómodo de la señora Emma y no puede dejar de sentir... un amargo sentimiento de ira, tristeza, pesar, dolor..., un terrible sentimiento, que se queda en la garganta y asfixia a cada segundo.

—¿Cuándo fue el entierro?

Lua no supo qué contestar; creía que doña Emma sería un poco más perspicaz con sus preguntas; lastimosamente, como cualquier otra persona que se enfrenta a un tema tan delicado de asumir, lo único que puede pronunciar es una inútil y estúpida lista de preguntas que posiblemente hieran, pero, a su vez, acompañan la herida.

—El primero de noviembre.

La señora Emma guarda silencio de nuevo, levanta la taza con sus dos manos, bebe un poco.

—Asistió mucha gente.

Lua ve a una pareja de mediana edad que pasa, no puede evitar abrigar un cándido deseo; ve a la señora Emma, que está atenta a su respuesta, le dirige una cariñosa sonrisa.

—Sí, la verdad, creí que irían pocos; no sabía que él conocía a tanta gente, me sorprendió bastante...; mucha gente lo quería, lo queríamos. —La señora toma otro bocado, ve hacia la calle, luego al firmamento, siente ardor.

—Sí, bastante..., ¿por qué no me contó lo sucedido?

—No lo sé, estaba desorientada, tenía tantas preguntas que hacerle a un cadáver, tanto en que pensar y, a la vez, querer olvidar, que...

—Entiendo. Sé que tan solo han pasado unos meses y que su partida le debe doler mucho; no quiero que se enferme por mis tontas preguntas; mejor, dejemos ahí el tema.

—No, tranquila; usted, en poco tiempo, nos conoció bien, creo... Así que creo que le debo esas respuestas; aparte, creo que hablar de ello me hace bien (*sonríe.*)

—Entiendo. ¿Cuántos días lo velaron?

—(*Limpiándose la nariz.*) Dos, dos días que pasé de largo. Bueno, tres...; la noche anterior sufrí de insomnio, al día siguiente acompañé a John en las diligencias del traslado del cuerpo; llegué en la tarde junto con él y de ahí hasta el entierro no pude dormir.

—Debió ser muy duro...

—Sí, creo. No sé cómo explicarlo; no era un dolor como tal, no como lo siento ahora; era más un sentimiento de confusión; asistía al funeral, pero no creía que en verdad asistía a su funeral; pensaba que en cualquier momento se levantaría del ataúd y, con su tonta sonrisa se dirigiría a mí y me diría: “¿Verdad que te engañé?”. Luego, lloraría, lo abrasaría y más tarde reiríamos..., pero cuando vi cómo la tierra cubría el ataúd..., no sé..., me sentí, ¿cómo decirlo?..., vacía. (*Se seca las lágrimas de las mejillas.*)

—No imagino como estaría su madre.

—Su mamá, sus dos mamás, su padre, sus hermanos, su familia..., todos ellos estaban devastados; asumían la tragedia de formas tan, era escalofriante. Su mamá, que siempre mantenía un orgulloso perfil, estaba irreconocible; todo ese semblante autoritario había desaparecido, estaba... Su otra madre, tan cariñosa y cordial, miraba a todos con odio, con un odio interrogativo, como si le pidiera explicaciones a cada uno de los que estaban en el velorio; sus ojos gritaban: “¿Dónde estaban cuando mi hijo los necesitó?”.

“¿Dónde estabas tú, que tanto dices amarlo?, ¿dónde estabas para salvarlo?”, eso fue lo que interpretó Lua en esa mirada, que la juzgaba y aparecía como un grito de ira en sus sueños.

—¿Y su padre?

—El señor jamás fue de muchas palabras; estuvo encerrado en el cuarto casi todo el tiempo, solo salió para recibir al cura en la casa; luego, a la misa y al entierro; cargó todo el tiempo el ataúd, no quiso hacer relevo... ¿Sus hermanos?: Tomás permaneció en silencio, no habló con nadie, y John, bueno, John, una vez dejó el cuerpo en la casa, fue y compró unas botellas de vino, del vino que le gustaba a Él... y estuvo ebrio hasta el entierro; una vez llegó a la casa, durmió profundamente.

—¿Y los amigos?

—Como dije, no creí que tuviera tantos; algunos recordaban algunas historias, como si con ello lo honraran; otros se mantenían en silencio; me asombró fue la llegada de su exnovia...

—¿Cómo dice?

Sí, se había enterado de su muerte y llegó el día del entierro; me asombró, porque hacía dos años habían terminado su relación y, según entiendo, fue porque Él la traicionó por lo que estaban en malos términos... (*toma un poco de café*), pero llegó; al ver que estaba al lado de su mamá, me clavó una mirada amenazante; saludó a Doña María, hablaron un poco; luego, con su otra madre; a su padre solo le dio el Sentido pésame; con John no pudo entablar diálogo y Tomás solo le hizo un saludo y se alejó; la verdad, no entiendo a qué fue; eso me irritó bastante.

—Tal vez aún sentía algo por Él.

—Ya lo creo; con solo verla como me miraba... Eso fue lo más molesto; por suerte, la familia me apoyaba, de cierta forma, y creo que eso la molestó más.

—¿Y no dejó algún mensaje de por qué lo había hecho? No sé..., una carta, un correo.

De todas las preguntas, esa era la que le costaba responder a Lua; hacía dos meses la respuesta fácilmente hubiera sido negativa, pero hoy..., hoy todo se veía oscuro.

—(*Mira el maletín, luego a la señora Emma.*) No. No dejó nada... (*Vuelve a ver el maletín, el corazón comienza a latir rápidamente.*) Ya es tarde, debo irme...

—Espera, aún quiero saber...

—(*Coge el maletín y se dirige a las escaleras rápidamente.*) Volveré luego, se me hizo tarde.

—Espe...

Rápidamente camina dos cuadras abajo; al llegar al bulevar de la 20, se detiene, ve los árboles que se extienden hasta donde le permite ver su vista, gira a la izquierda y camina lentamente; el sol de mediodía pega con fuerza; por suerte, la sombra y brisa que dan los árboles del bulevar llevan a que la caminata fuera reconfortante; Lua camina unas cuantas manzanas más en una conciliadora abstracción de la nada; luego, ve a una muchacha que pasea un gran husky siberiano.

A la mocita Lutimia le regalaron un pastor cachorro; se lo regalaron bajo el solsticio de invierno.

Años más tarde, la muchacha murió al dar a luz a una hermosa niña de misterioso progenitor, que recibió el bello nombre de Helena; sus padres, para evitar maliciosas conjeturas que mancillaran la memoria de su hija, se mudaron a borrascosas tierras andinas, al sur del país.

A Helena le solía gustar correr descalza por la hierba húmeda, amaba el chasquear que se produce a cada pisada, amaba el prodigioso hábito de corretear gallinas, despescuezarlas y beber su néctar; el viejo pastor batía la cola al aprobar sus truculentas acciones.

Por razones que no es necesario comentar, Helena creció ocultando su pérvida biología; gracias a ello, se emparenta con exótica familia; del neófito lazo se produjo un gallardo jovenzuelo que, por gracia de la Providencia, asfixio toda herencia perversa.

Al pasar un tiempo, cierto día, entre pomposo y apático, la familia se encamina a pasear por la vereda; el sol golpeaba fuertemente y avivaba ciertos olores. En ello, en Helena se despierta una mórbida excitación, provocada por el fatídico desenlace de un cuadrúpedo; Helena siente que se desvanece debido al exquisito aroma a mortaja que se desprendía de aquel animal; Helena se excusa con sus parientes, pues requería ir a miccionar; al apartarse y dirigirse al inanimado caballo, se desprende de sus civilizadas vestiduras y se adentra en lo profundo de lo sacrílego y mundano.

La familia, inquieta, convence al esposo para que fuera tras los pasos de su amada, pues la noche se acerca y esto hacía los senderos poco transitables para la buena fe. Al llegar, el gentilhombre palideció de terror al ver cómo su dulce esposa se deleitaba vigorosa al arrastrarse en aquel montón de putrefacción; el hombre, lleno de cólera, embiste la escena con una navaja; al regresar, entristecido, cuenta que le fue imposible encontrar rastro de su querida y amada esposa.

—Estaré lleno de relatos. Acompañado de la brisa de mi pueblo...

Lua se queda inmóvil unos minutos; luego, revisa rápidamente el interior del bolso; su mano se detiene al palpar el sobre, lo saca, abre sus ojos.

Lua corre desenfrenada entre los peatones, cruza la calle sin mirar, sigue corriendo; su pecho agitado le comienza a arder, sigue corriendo; la espesa saliva le advierte no seguir, pero sigue corriendo; un auto frena en seco y le pita en queja; sigue corriendo, el calor, el sudor, la fatiga, sigue corriendo.

Lua se detiene un par de cuadras adelante; en un frenesí de fatiga y memorias, olvida como respirar; siente que se ahoga, se recuesta sobre el poste de energía, ve hacia arriba; mira sus brazos descansados en sus muslos, mira el suelo sin dejar de respirar agitada; tose varias veces; toma una gran bocanada de aire y exhala con fuerza.

—Tú estás ahí (*tose*), tú (*tose*)..., colmado de relatos, me esperas.

Lua ve que se acerca un taxi; levanta la mano, sube.

—A la (...), por favor.

—Bueno...

Recuesta su cabeza en la ventana, abre el bolso, toma el sobre, sonríe.

—*So goodbye yellow brick road.*

Llega al apartamento, hace su maleta, toma el sobre del maletín y lo guarda entre su ropa, llama a portería y pide un taxi; sale, baja por las escaleras, le sonríe al vigilante que le abre la puerta, sube al taxi.

—*Where the dogs of society howl.*

Lua toma su maleta; confundida, al ver un gran número de personas morenas que acampan en la entrada, teme no poder viajar; se acerca al personal que se encuentra en la puerta principal, le comunican que debe ingresar por la entrada de los carros; Lua siente un gran alivio y se dirige hacia el lugar sugerido; ingresa en el terminal, compra su tiquete y va hacia el lugar donde se encuentra el carro.

—*You can't plant me in your penthouse. I'm going back to my.... Not, your plough.*

Lua no ha vuelto a casa de sus padres; es raro que ellos no la extrañen; tal vez levantó un muro que impide un diálogo fraternal; las llamadas solo se reducen a un breve intercambio de preguntas y respuestas y, luego, de vuelta a vivir sola; no recuerda exactamente cómo comenzó el distanciamiento; ¿tal vez con su llegada?; no, la relación con ellos se fue fragmentando desde que se instaló en la ciudad; o mucho antes, solo que en esa época no tenía muchas opciones de alejarse; sus padres poco le importaban o, al menos, eso demostraban con su forma de llevar las breves conversaciones a distancia; el cariño que una vez le mostraron de pequeña, se esfumó; ahora todo ese cariño lo dirigían a su hija menor; Lua lo entendía y aceptaba; desde su llegada, muchas cosas cambiaron; a ella la relegaron a un segundo plano, en el que solo era un experimento fallido del que, al parecer, se sentían avergonzados.

Por suerte, Lua no guardaba ningún resentimiento por su familia; prefirió aborrecerlos y construir una familia por su cuenta; de ahí que se aferrara tanto a la familia de Él; en ella veía el Edén, en el que todos se querían y cuidaban y de la que era parte o, al menos, eso creía, aunque ahora que Lua lo meditaba, ellos jamás le brindaron su hospitalidad; incluso después del sepelio, parecía que la habían despedido; ese frío “Hasta nunca”, le había hecho reconsiderar su viaje; ahora Lua tenía nervios, de no ser bien recibida, de que esa familia que admiraba la rechazara, como lo había hecho la suya; de que no tuviera dónde ir.

Luego, recordó la carta, esa carta podría ser su salvación, su invitación; con ella podría entrar en comunión con los seres queridos de Él y, ahora, de ella, porque también los quería, mucho más que a su familia; por ello, sentiría una gran herida, si la rechazaban, pero ahora no podía pensar en ello; ella llegaría como Hermes, entregaría la carta, la leerían entre todos y ella se convertiría en el medio de catarsis por el cual sobrellevarían todos su partida; ahora que lo pensaba bien, era posible que Lua no se hubiera interesado en Él, sino en su familia, en las historias, en todo lo que se le había negado y que solo Él podría darle. Lua reflexionaba aquí y allá, meditaba una y otra vez en el diálogo con que llegaría a interrumpir el duelo. Después, recordó cómo se habían conocido, cómo poco a poco se fueron enamorando, aunque ahora creyera que posiblemente no había sido amor; sin embargo, recordaba su mirada y se corregía, entendía que había sido amor, como habían compartido su corazón, aunque en ocasiones ella sintiera que Él no tenía nada más que ofrecer, sino una coraza vacía.

*Back to the howling old barn owl in the woods.
Hunting the horny-back toad
Oh, I've finally decided my future lies
Beyond the yellow brick road*

Toc, toc, toc. El corazón palpitante.

La puerta se abre.

—Oh, eres tú.

Doña María se encuentra cambiada; al parecer los meses de duelo no la habían afectado; había recobrado el orgullo que había perdido la última vez. Antes de que Lua pudiera hablar

y compartirle el discurso planeado en las dos horas de viaje, la señora le invita a que pase y le ofrece un chocolate con galletas.

—Gracias, no se hubiera molestado.

—¿Cómo que no? Es lo menos que le puedo ofrecer, después de haberse tomado la molestia de venir a visitarnos.

—Eh, si...

—Ya mismo le alisto la cama...

—Gracias... —Lua se avergüenza ante tanta amabilidad, a la vez que se tranquiliza, pues sus temores se han esfumado.

—Y dígame, Lu, ¿qué la trae por aquí?...

Lua mira la maleta con intención de abrirla, pero, antes de hablar:

—¿Piensa ir a visitarlo?

Lua decide guardarse la carta.

—Sí, lo extraño.

—¿Cuánta falta me ha hecho? No tengo con quien salir a caminar; Tomás ocupado con sus hijos; John en la ciudad, con sus estudios.

—Por cierto, ¿lo ha visto?

—¿A quién? A Tomás, hace rato que no viene, aunque él no suele venir muy seguido; solo mi querido (...) solía hacerlo; salíamos a caminar toda una tarde por las veredas; íbamos a comer, ¿cómo les dicen?... , esos perros o hamburguesas (*sonríe*); una vez me llevó a un bar; esa vez tomé un hervido.

—¿En serio? (*Sonríe.*)

—(*Emocionada.*) Sí; claro, sin alcohol; Él era...

—Sí... (*Sonríe.*)

Pasan unas pisadas rápido por el techo.

—(*Sonriendo.*) Un gatico ha tenido el finadito.

—Lo recuerda; ese cuento lo sabía contar mi mamá; luego yo se lo conté a (...)

—Y a mí.

—(*Sonriendo.*) Sí, y no se le ha olvidado; me alegra.

—Por cierto, la historia de la mujer que era hija de un perro, ¿usted también me la contó?

—Ah, no... Esa historia se la sabe Magdalena; se la debió escuchar esa vez del 31, que estábamos reunidos.

—Ya recuerdo; sí, a ella se la escuché.... Mmm, ¿y cómo ha estado?

—Bien, ahí ahí. ¿Qué podemos hacer? (*Con los ojos llorosos.*) Dios lo quiso así.

Lua sonríe solo con la mirada y guarda silencio; doña María entiende el gesto, se levanta, va hacia la cocina y se pone a pelar papas; Lua, por su parte, repasa el último fragmento de su conversación; ella nunca había sido precisamente una creyente; desde temprana edad había concebido al Dios al que todos rezaban como “dios”, un simple vocablo al que se refería por azar o por consuelo, nada más; a pesar de ello, recibió los sacramentos; era respetuosa con quien profesaba con tanto ahínco que incluso pareciera ridículo, pero Lua no podía entender por qué doña María pronuncio aquellas palabras:

«Tal vez la mencionó sin prestar atención en lo que decía, tal vez para reconfortarse; no pudo haberla dicho con pleno juicio; no, ella es conocedora de las normas y sabe perfectamente que dios no tiene cabida en el suicidio o quizás inconscientemente se encuentra furiosa con Él y esa frase le ayuda a perdonarle; no entiendo por qué la pronuncio, ni por qué me afecta tanto; es una simple frase lanzada al vacío para ser pronunciada y no escuchada, pero lo hice, la escuché y ahora resuena en mí, en mis memorias, en sus diálogos, cuando Él, consciente de lo que tenía planeado, me decía que no iba a dejar que nadie dirigiera su vida, y yo, en otro plano de existencia, solo podía interpretar sus palabras como un simple acto de rebeldía con su familia o tal vez sí era ambicioso con la sociedad; nunca pude estar en su mundo y comprender que su acto de rebeldía para nada era mundano, sino metafísico; un verdadero acto de rebeldía en favor de la libertad. Ahora todas sus palabras retumban en mí como diálogos extraños, como si nunca hubiera estado cerca de conocerlo, de interpretarlo..., de haber podido estar a su lado, pero no fui incapaz de alcanzar ese estado, inalcanzable para mí, para nosotros los vivos... Esa frase la comprendo, sí, puedo entenderla, no es tan solo una frase lanzada al vacío; no, no lo es... ¿Cómo explicar algo que únicamente puedes sentir?, que, de expresarlo, se concibe como plegarias al vacío; ahora entiendo sus palabras; sin embargo, no las tuyas; tu voz se percibe como un indescifrable mantra que descansa en el aire, imposible de pronunciar para m..., para nosotros». Lua cierra los ojos, deja caer su cuerpo sobre el respaldo de la silla, su cabeza cae hacia atrás y estira su cuello, inhala y exhala de forma controlada.

Doña María gira hacia su visita, deja su labor, se le acerca lentamente, con rostro cariñoso:

—Lu, niña..., debe estar cansada; vaya y recuéstese un rato en la cama, ya está arreglada. — Lua abre los ojos perezosamente, le sonríe y asiente—. Yo la despierto cuando esté la cena.

Lua se retira con la cabeza gacha; al llegar al cuarto, no puede evitar derramar unas lágrimas; ve alrededor, sufre un mareo que la teletransporta cada vez que parpadea a las memorias que Él le brindó a través de cada diálogo; aturdida por el *collage* de imágenes, se recuesta en la cama donde lo besó, sintió esas frías manos que le acariciaron sus acaloradas mejillas; sus

húmedos labios la arrebataron del presente a un tiempo sin tiempo, su agitada respiración pregonaba la Canción de amor para Shu-Sin. Lua se durmió con el poema en los labios.

Al otro día, Lua se despertó con el canto de los gallos; salió al baño; de regreso, pasó derecho sin ver el cuarto y se acercó a la ventana de la sala; el sol vacilante desplegaba sus rayos; un despejado cielo y una leve brisa que movía unas cuantas hojas auguraban un buen día; Lua encogió sus extremidades superiores y se dio un fuerte abrazo, hasta mover lentamente su mano derecha hacia el hombro izquierdo; luego sonrió y se fue acostar. Minutos después de que Lua se acostara, la señora María se despertó sobresaltada, giró hacia la ventana de su cuarto, notó que ya había aclarado y se levantó para seguir con su rutina diaria y olvidar la causa del sobresalto.

A las nueve, ambas desayunaron y acordaron ir al cementerio, pero antes debían ir al mercado a comprar verduras para el almuerzo; Lua se dirigió al cuarto y volvió a observar la ventana de la sala:

—Buen día —dijo. Sonrió y entró al aposento para terminar de alistarse, mientras doña María iba al cuarto de chécheres a buscar su canasta de mercar; era una canasta azul plástica, con decorados de rombos a los lados, de unos cuarenta centímetros de alto, diez de ancho y cincuenta de largo más o menos; le tenía cierto apego, porque había soportado unos veinte años; la había comprado su madre y, luego de su muerte, ella le tomó aprecio; cerró la puerta trasera y se dirigió hacia la puerta del frente para salir; de camino, se encontró con Lua, que había terminado de arreglarse y se disponía a esperarla en la sala; al encontrarse, sonrieron:

—Yo la llevo. —Lua tomo la canasta de mercar, pues adivinó que debía hacerlo.

—Gracias. —Doña María sonrió, pues recordó que Él siempre llevaba la canasta cuando salían a mercar. Al cruzar las calles, tanto Lua como doña María sentían cierta naturalidad, como si Lua siempre la hubiera acompañado a mercar y como si se hubiera criado a su lado.

Al regresar, doña María le ofreció jugo; ella, por su parte, optó por tomar agua; descansaron un poco y salieron en dirección al cementerio. Durante el trayecto, no pronunciaron palabra; al llegar, doña María se dirigió a Él, le habló de ciertos hechos insignificantes y, luego, los dejó solos.

Lua estuvo en silencio largo rato; no sabía cómo iniciar su monólogo; siempre fue tan difícil iniciar la conversación con Él, tanto que muchas veces vivieron largos ratos incómodos, hasta cuando Él tomaba la iniciativa y se refería a cualquier hecho absurdo; de esta forma, Lua intervenía para señalar lo tonto del argumento y de esa manera el diálogo comenzaba, pero esta vez ella debía comenzar; no podía esperar que Él pronunciara palabra alguna.

—Recibí tu carta...No, no la traje, se me olvidó o... quizás quise dejarla; puede que tu madre la vea, me pregunte por ella y yo..., yo no sepa qué decir, pero dime qué debería decirle, si no la he abierto y no sé si pueda hacerlo. ¿Por qué me la enviaste?, ¿por qué a mí?, ¿qué buscabas con ella?, ¿que me enterara por qué tomaste tu decisión? Prefiero no saberlo; además, ¿por qué demorar su entrega?... ¿Qué motivo te llevó a retardar su llegada? Al

principio creí que tu partida no me había afectado mucho; de hecho, los primeros meses viví sin dolor alguno, pero luego, con tu carta, todo se vino abajo, como si hubiera despertado de un estado de embriaguez y ahora la realidad se venía encima y me asfixiaba, ¿eso buscabas? ¿Condenarme a mí, también?, ¿acaso la carta es tu invitación?... ¡Qué egoísta! Yo quiero vivir, ¿sabes? Por muy sombrío que el mañana se vea, aun así quiero vivir y no entiendo cómo pudiste, ni quiero saberlo. Si eso es lo que contiene tu carta, quédate con ella, jamás la voy abrir; lo he prometido; quiero conservarte en mi memoria, quiero abrazarte toda mi vida, pero solo a ti, a la persona a quien besé y pareció entenderme, a quien siempre sonreía y ocultaba su tristeza, al cobarde que rehuía el salto de libertad, a ese tonto que me vio como nadie más lo hizo; te quiero atesorar aquí, pero solo a ti, no a ese desconocido que me envió la carta con quién sabe qué propósito; no trates de engañarme, ese no fuiste tú, no podrías serlo; siempre pensamos que los genios y suicidas eran otra especie; ahora lo entiendes, el hombre que envió la carta no pudiste ser tú, pero no sé qué tonterías estoy diciendo; mírame aquí, sentada, hablando con el aire, en espera de que él silbe tu voz; no sé qué hacer; miré el sobre, ¿sabes?, me gusto lo que estaba escrito, aunque aún no lo entiendo por completo; hay ciertas palabras que parecen estar codificadas, ¿sabes? Soñaré, moriré, soñaré, viviré... A veces me culpo, debí entender lo que decías, pero ¿cómo hacerlo?, ¿cómo entender tus palabras, si desconocía tu mundo? Lo desconocía, tal vez ese sea el motivo de estar aquí; quiero entender tus palabras, quiero hacerlo, aunque debo admitirte que tengo miedo, tengo miedo de que, al entender tu mundo, tus palabras..., me aleje de la vida; que, al conocerte, me pierda y acepte la invitación de tu carta; dime ¿qué debo hacer?, ¿olvidarme de eso?... ¿regresar a mi tonta vida o continuar mi viaje?... Acompañada de la brisa de tu pueblo, descender nueve veces, retornar por la vereda escaldada..., negociar moral por eternidad, soñar, morir, soñar, vivir...

—Es un poema, ¿verdad?

Lua queda inmóvil ante la presencia de doña María; no oyó su llegada y desconocía qué tanto había escuchado. Doña María, en silencio, espera aún respuesta:

—Sí, algo así.

—Ya lo había escuchado antes.

—Puede que a (...) se lo hubiera escuchado.

—Sí, puede que sí. —Doña María alza la mirada y observa el panorama de concreto que se despliega ante ellas.



Figura 4. IV.

IV

La tarde se tendía perezosamente por la vereda; una leve brisa revolvía los cabellos de las dos; cada cierto tiempo las nubes cubrían el sol y vehículos alzaban el polvo en ocasiones.

—Linda tarde, ¿verdad?

—Sí, es una bonita tarde.

—(*Señalando.*) Pasar la noche en esa casa debe dar miedo.

—Supongo; ¿es muy vieja?

—Uuuuh..., ¿cuántos años no tendrá? Si está desde que yo tengo memoria; era de don Gerardo Vallejo.

—¿Y nadie vive ahí?

—Los hijos, a veces, se reúnen, pero todo el año permanece vacía; desde que se mató la única hija de don Gerardo, todos se fueron al pueblo y dejaron la casa casi abandonada; creo que hace un año le hicieron algunas reparaciones.

—¿La hija se mató?

—Sí; era una muchacha muy bella: tenía el cabello largo, claro, ondulado, ojos cafés, pero claros como la miel, mejillas rosadas y labios rojos, como si se hubiera echado colorete; era la más buscada, ¿quién no quería estar con ella?

—¿Y por qué se mató?

—Quién sabe (*suspiro lento*); tal vez le hicieron algo por envidia; contaban que había rechazado a uno que recién había llegado, él no lo soporto y como que se mató también; por eso, como que la familia, en venganza, había ido a una bruja y le habían hecho algo.

—¿Y sí fue así?

—Quién sabe, es posible; uno no sabe cómo es la gente, pero puede que sí, porque de la noche a la mañana, eso, comenzó a salir y beber en las discotecas, permanecía metida en los bares, incluso varios no le permitían la entrada, porque por ella siempre ocurrían peleas.

—Era muy bonita.

—Ya se apagó el sol (*cierra la sombrilla*); un día salió, como siempre, en compañía de sus hermanos y, como siempre, hubo una pelea; al terminar el altercado, ella ya no estaba; los hermanos, inquietos, la buscaron y preguntaron por ella; por la pelea, nadie se había dado cuenta cuándo salió de la discoteca; los hermanos salieron y la buscaron toda la noche; al

otro día, de regreso, la encontraron colgada en un árbol de moquillo, en La Vuelta de la Soltera.

—...

—Tal vez se aburrió.

Lua quedó en silencio; meditó sobre cómo doña María hablaba del suicidio con tanta naturalidad, como si hubiera olvidado la reciente tragedia; observó el largo sendero, mientras cavilaba sobre el asunto, hasta cuando la interrumpió el comentario de doña María:

—En La Vuelta, dicen que ella se aparece...

—¡Edelmiro, Edelmiro, Edelmiro! Ve por leña, que se va acabar...

—Voy, voy...

Don Edelmiro, un hombre trabajador, responsable, pero un tanto borracho, aquella tarde fue por leña; luego, se cambió para ir al pueblo, como era su costumbre, a tomar al menos una botella de aguardiente; su esposa, tras tantos años de cantaleta, se había rendido y solo le mostraba una cara de desprecio cada tarde de sábado que partía al pueblo.

Al llegar al pueblo, atravesó toda la calle central en dirección al parque; una vez llegó, se dirigió a la tienda esquinera, ubicada una cuadra abajo de la iglesia, a mano izquierda; al llegar, entabló conversación con los que ahí se encontraban; no eran amigos, precisamente, pero tampoco desconocidos; se podría decir que su relación se entendía, pues cada sábado se reunían en esa esquina para beber y mantener largas conversaciones sin sentido, que les hicieran olvidar lo rutinario de su día a día.

Una vez mantenida una leve conversación cordial, don Edelmiro y sus cercanos se percataron que la noche se acercaba y que sus gargantas necesitaban hidratarse, si pretendían alargar el encuentro; todos concordaron y aportaron para la primera botella de la noche.

Sus conversaciones aleatorias cortaban y saltaban al ritmo de Oscar Agudelo, Julio Jaramillo, Olimpo Cárdenas, Pedro Infante y lo que se le ocurriera poner al tendero. Así, en principio, uno iniciaba la conversación para comentar que hoy en día el jornal está mal pagado, pues debían llevar el alimento y, si el patrón daba la comida, se les reducía el pago; aparte, los caminos hacía rato que no recibían una pasada de balastro y esto tornaba el transporte mucho más complicado; otro, tras oír lo del balastro, opinaba que el salario de coger piedra al río hacía mucho que no cambiaba; incluso recordaba que, hacía cinco años, pagaban lo que hasta ahora seguían pagando, y esto, para una labor tan pesada, le parecía desconsiderado por parte de los dueños de la tritadora.

Luego, uno se acercó y comparó el sueldo con lo que pagaban en los hornos de cal y ladrillo y le parecía que era bastante bueno comparado con lo que a ellos les pagaban, pues la cal representaba problemas de salud a futuro y ese sacrificio no se veía reflejado en su pago y, así, se quejaban, bebían, insultaban, hasta acabar la botella; luego, les entraba el frío y ponían para otra botella.

—Edelmiro, Edelmiro, vení, chucha, ¿qué te vas ir tan temprano? Vení y ponemos pa' otra.

—No, ya es medianoche; además, debo pasar por La Soltera y no quiero que me pase algo.

—¡Vida hijueputa!, ¿me vas decir que le tienes miedo a la ahorcada? Vení, tomáte otra, que está buena la conversa.

—¿Qué está pasando?

—No, que el Edelmiro ya se va; que dizque ya es medianoche y no quiere que se lo cargue La Soltera.

—Uh, ¡vida hijueputa!, ¿pa' qué tienes esos pantalones? Fajátelos bien y seguí tomando, que, eso, no te pasa nada y, si se te aparece, le enseñas quién es el macho; ¿pa' que tienes eso que te cuelga?

—Ah, ¡qué putas! Sí..., ¿no? ¿Qué putas dices? Yo, yo, que jornaleo a diario, te puedo decir que... es cierto que muchos consideran que la medianoche es una hora de tener cuidado, pero quienes son experimentados entienden que la medianoche es una hora tranquila; por otra parte, las tres de la mañana, justo cuando el gallo canta, bueno, es mejor decir que a esa hora es preferible estar acompañado en la parranda o ya encontrarse descansando en la cama.

Don Edelmiro era un hombre creyente; creía fervorosamente en la Santísima Trinidad, como también creía en apariciones, maldiciones y todo aquello que tuviera una explicación sobrenatural; por suerte, hasta el momento el licor había hecho su labor. Don Edelmiro se encontraba atravesando en zigzag La Vuelta de la Soltera, sin temor alguno; incluso se orilló, miró a la luna y se dispuso a orinar; al terminar, sacudió a su amigo, lo enfundó y, tambaleando, giró hacia el camino para continuar su trayecto; dio tres pasos...

—¡Edelmiro! (*Se oyó como un silbido que el viento traía.*)... ¡Edelmiro! (*Como un eco que retumbó en sus tímpanos.*) ... ¡Edelmiro! (*Ahora como un agonizante clamor.*) ... Don Edelmiro giró bruscamente, perdió el equilibrio y estuvo a punto de irse al suelo.

—¡Edelmiro! (*Se oyó como un silbido que el viento traía.*)... ¡Edelmiro! (*Como un eco que retumbó en sus tímpanos.*) ... ¡Edelmiro! (*Ahora como un agonizante clamor.*) ... Se repuso lo más rápido que su estado se lo permitió y comenzó a correr, mientras rezaba el Padrenuestro.

- Edelmiro (se escuchó como un silbido que el viento pronuncio) ...

- Edelmiro (como un eco que retumbo sus tímpanos) ...

- Edelmiro (como un agonizante clamor) ...

Él corría con desesperación, pero lastimosamente no avanzaba mucho, era como si sus pies hubieran sido cargados de un peso para reducir su movimiento.

—¡Edelmiro! (*Se oyó como un silbido que el viento traía.*)... ¡Edelmiro! (*Como un eco que retumbó en sus tímpanos.*) ... ¡Edelmiro! (*Ahora como un agonizante clamor.*) ... Corría y corría, pero sentía que su nombre se le acercaba cada vez más.

—¡Edelmiro! (*Se oyó como un silbido que el viento traía.*)... ¡Edelmiro! (*Como un eco que retumbó en sus tímpanos.*) ... ¡Edelmiro! (*Ahora como un agonizante clamor.*) ...

Corrió hasta que oyó que su nombre se lo respiraban en la nuca, como si lo hubiera acariciado algo carnosos, húmedo y frío; ahí tropezó y cayó; cuando giró, vio una larga cabellera que ocultaba el rostro, pero había algo que no podía ocultar, su larga lengua, que se movía como un péndulo al frente suyo.

Rezo con desesperación, mientras la luz de la luna poco a poco iba revelando el rostro.

—Hágase Tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día; perdona nuestras ofensas...

Lua despierta, con el cuerpo agitado, empapado en sudor, el corazón en la garganta y su mente vacía; luego, relaja su palpitante organismo, gira decúbito lateral y trata de recordar la pesadilla que le había provocado el fuerte estímulo que la había despertado.

—¿Cómo amaneció? (*entregándole un plato de caldo.*)

—(*Lo recibe.*) Regular; tuve una pesadilla.

—¿Y eso?, ¿qué soñó?

—Ah..., no estoy segura; fue un sueño confuso.

—Ya veo...

Doña María se dirige a la cocina; regresa con su plato de caldo, toma asiento; se lleva la cucharada a la boca y prueba dos bocados.

—¿Está segura de viajar a casa de Magdalena?

—Más o menos; algo me dice que, si lo hago, podré...

—Reconozco que tengo un gran defecto y creo que se lo heredé a Él.

—¿A qué se refiere?

—Se me dificulta mucho hablar de lo que siento; a la vez, dar consejos que debería dar; con Él siempre fue fácil; solo era que habláramos sobre cualquier cosa e intercambiar miradas para saber lo que sentíamos, aunque, al parecer, su mirada no era sincera conmigo, porque, de lo contrario, yo hubiera podido hacer algo.

—La entiendo; con Él siempre fue difícil comunicarse.

—Pierde su tiempo; en todo caso, todo lo que hagamos ahora ya no tiene sentido; es mejor aprender a vivir con su partida que aferrarnos a un pasado que no podemos cambiar.

—La entiendo, pero algo me dice que debo ir; es cierto que quiero entenderlo y tengo miedo de hacerlo, tengo miedo que al entenderlo me pierda, pero..., no sé; es algo que me impulsa a ir.

—Comprendo; cuando se es joven, queremos resolverlo todo, no podemos soportar una vida con preguntas sin resolver; no la puedo detener, Lua; le tengo aprecio; cuando llegó aquel día con Él, imaginé que tendrían una buena vida, que me vendrían a visitar con su hijo y que,

al ver la familia que habían levantado, podría morir en paz; ahora solo me queda usted como un recordatorio de que los sueños no se cumplen; en parte debo admitir que la desprecio, pero saber que usted guarda una parte de Él en su corazón me lleva a quererla y preocuparme por usted; vaya y pregúntele a Magdalena dónde Él se llevaba; de lo que sé, tenía su lugar para que no lo molestaran; vaya..., pero vuelva, regrese con la parte intacta de Él.

—Lo haré.

Doña María acompañó a Lúa al terminal; esperaron que la camioneta se llenara y, antes de partir le dio las últimas sugerencias para su viaje; en el terminal del pueblo la esperaba Elías (el esposo de Magdalena) para llevarla a su casa, ubicada en el campo. Eran seis horas y media de viaje del poblado de doña María hasta la casa de campo de Magdalena y Elías; para llegar tenía que atravesar una carretera angosta, plena de lugares de posibles accidentes; tan peligrosa era la carretera que había recibido el nombre del “Tablón de la Muerte”, pero, fuera de esto, en todo el recorrido se observaba una belleza natural que, al tratar de describirla, posiblemente se la ofendería en gran medida. En el total de seis horas, Lua observó con gozo el cambio de pisos térmicos. Al bajar de la camioneta, adelantó una revisión de trescientos sesenta grados para encontrar a don Elías; caminó un poco hacia la salida y lo vio a unos cincuenta metros, bajo un árbol de pomo, al lado de su motocicleta.

Lua se acercó y lo saludo cordial; don Elías correspondió el saludo, se subió en la motocicleta, la encendió e invitó a Lua a subir. Del poblado a la casa de Elías y Magdalena eran cerca de veintiséis minutos, en los que ella sintió una cálida brisa en su rostro y vio cómo el sol se ocultaba en el horizonte e impregnaba en la cúpula un suave color magenta, pincelado por una brocha de restos amarillos.

Al llegar, salió al encuentro Magdalena y la recibe con un saludo afectuoso, le pregunta si tuvo inconvenientes en el viaje; mientras Elías guarda la motocicleta en silencio, entran las dos a la casa; Magdalena conduce a Lua a la habitación que le había preparado.

—... La sabía utilizar (...) cada vez que venía; cuando la señora María me llamó para avisarme, pensé en esta habitación; se lo solía ver calmado en ella, incluso feliz, como si descansara de una carga que tuviera que sopor... (*sonrisa*); perdone, debe estar agotada, acomódese y venga a la sala a comer; ya voy a servir la cena.

—Vale; desempaco y voy.

La habitación era cuadrada; tenía la cabecera de la cama al lado de la puerta, un escritorio debajo de la ventana que daba hacia un potrero; al lado del escritorio y frente a la cama una cómoda mediana; a Lúa le pareció ver a través de la ventana una clase de pocetas, pero no le prestó mucha atención a eso; solo desempaco rápido y se dirigió a la sala.

—¿Ya desempacó? Bueno..., siéntese, le prepararé una deliciosa cachama; está recién preparada.

—Ah..., gracias.

—¡Elías!, venga a comer; después alimenta los peces...

—¿Tienen peces?

—¿Cómo? ¿No lo sabía? Pensé que ya se lo había mencionado.

—Mmm..., creo que no lo llegué a oír.

—Bueno, a (...) no le gustaba hablar de sus negocios; era muy receloso en ello; decía que traía mala suerte (*sonrisa.*)

—¿Los peces eran de Él?

—Sí, una vez vino y se antojó de cachama, pero no pudimos encontrar para prepararla; estuvo toda la semana pensativo y luego le pidió al papá que hicieran cachameras a medias; Elías se rio al principio, pero, después de ver la seriedad del hijo, aceptó e inició el proyecto; (...) sacó los ahorros que tenía en una Cooperativa y pagó algunos jornales, los peces y unos bultos de concentrado; del resto se encargó el papá; de eso hace ya cuatro años.

—Y les fue bien en el negocio, supongo...

—Sí, pero a (...) no le interesaba mucho lo que ganaba; muchas veces pedía que los beneficios se los guardara en la Cooperativa, que le comprara algo al ahijado o lo gastaba con nosotros...

—¿Él tenía un ahijado? No lo sabía.

—(*Sonrisa.*) Sí, creí que se lo había contado... Su ahijado fue estudiante mío; una vez que vino, me acompañó a la escuela y estuvo jugando todo el día con los niños; de ahí, toda la semana que duró su visita, iba a la escuela a jugar con ellos; por eso, Ahmed se encariñó con Él y pidió que fuera su padrino...

—¿Ahmed?...

—Qué nombre tan raro, ¿verdad?

—Sí, algo...

—Es que a la mamá de Ahmed le gustaba mucho una novela turca, creo, y de ahí sacaron el nombre.

—Ya veo.

—Creí que se lo había contado; se veía que se la pasaban juntos; quiero decir, que compartían...

—Sí, lo hacíamos, pero era muy receloso con su vida y... (*hablando para sí*), al parecer, no lo conocía bien.

—Elías, venga que ya está servida la comida; este hombre qué se lleva haciendo.

Lua sonríe ante el comentario e comienza a comer; a medio plato, llega Elías; ella le sonríe y continúa; la pareja empieza hablar sobre algunos hechos sucedidos en la semana y comentan lo que tendrían que hacer para la otra, mientras Lua solo guarda silencio y los oye atentamente; al terminar, pide permiso, se retira a la habitación, llega al cuarto, se deja caer en la cama y así permanece largo rato, hasta cuando un ruido la lleva a observar a través de la ventana; ve, a unos cien metros, la luz de una linterna; recuerda lo que había dicho Magdalena en la comida; nota que es el señor Elías, que se encuentra alimentando a los peces; mira un rato el movimiento de la linterna, que medio deja observar una figura en la oscuridad, y vuelve a recostarse en la cama; casi de inmediato llega Magdalena a intercambiar un par de palabras; comentan sobre Elías, que daba de comer a los peces y luego Magdalena se despide, no sin antes decirle que debía cerrar la cortina, pues era luna llena y esa luz suele ser muy incómoda para el descanso.

Tras el cierre de la puerta, Lua se levanta para comprobar lo que había oído; a ella le pareció que era una noche oscura, se asomó en la ventana y observó hacia arriba; precisamente, esa era una noche clara; la fuerte luz de la habitación le había impedido darse cuenta; miró en dirección a la luz de la linterna, notó que se acercaba, giró hacia la cama y se recostó. Ahí, recostada boca abajo, recordó que Él tenía una cierta fobia a la luz de la luna, aunque no era precisamente una fobia; se podría decir que solo era suspicaz, pues cada vez que la luz de la luna atravesaba la ventana, Él sufría pesadillas; Lua sonrió con el recuerdo de Él en su mente; salió de la habitación para asearse los dientes; de regreso, se puso algo ligero para el calor de la noche, apagó la luz y se acostó en la cama, totalmente en silencio; sin ninguna idea vaga, concilió el sueño.

¡Cric, cric, cric, cric!...

—Mujer, traje lengua para que la arregles, la pongas a secar y hacemos un caldo, a lo que regrese.

—Está bien.

—Me voy; en la noche regreso.

Damacia mujer de atributos simples, hogareña, servicial, trivial, pero, a pesar de ello, su esposo la quería; le recordaba lo insignificante de la vida de su madre. Damacia, obediente, abrió la lengua y la puso a secar cerca del fogón; a media tarde, el aroma y el color que surgía de la lengua era casi irresistible; Damacia lo olía lentamente; giró ciento ochenta grados a su izquierda y observó lo que colgaba encima del fogón; sacó tímidamente su lengua y, luego, la pasó por sus labios; sus ojos, húmedos, brillaron como perlas; sus manos inquietas danzaban y se contenían entre sí; a Damacia la interrumpió un ruido que procedía de la carretera; era una caravana que acompañaba el final de un mísero cristiano; de inmediato, inició a hacer la señal de la cruz; no obstante, antes de besar la uña de su dedo pulgar, una pérfida idea le llegó, giró hacia el fogón; luego, volvió a ver la caravana y sonrió.

Damacia puso la olla en el fogón, picó los vegetales alegremente, bajó la lengua y la echó en la olla; al rato regresó y se sirvió; la primera cucharada la sintió tímidamente

en su paladar, las otras fueron fugaces, como si estuviera en uno de esos bailes, sobre los que solía oír en los cuentos de niña y cada cucharada fuera un paso que daba al ritmo de la música; extasiada, en la silla del comedor, permaneció silenciosa con una sonrisa en su rostro.

Al caer la noche, su rostro se endureció; tomó una pala y fue tras las huellas de la caravana para realizar lo que había planeado. De regreso, prendió fuego, abrió la lengua y la puso a secar.

Cuando llegó el esposo, Damacia bajó la lengua y le hizo un delicioso caldo: el esposo preguntó por qué no comía; ella, con una sonrisa, le contestó que estaba mal del estómago. La pareja fue acostarse cerca de la diez de la noche, el esposo la besó en la frente.

A la madrugada, en el prado de los recuerdos, unos golpes se oyeron, a las tres de la mañana golpearon la puerta de su hogar, lo que la despertó; luego de unos minutos de silencio, en los que se oía únicamente el cric del grillo, un eco de voz que helaba la piel se dejó oír...

—Damacia, Damacia..., devuélveme la lengua... Damacia, Damacia..., devuélveme la lengua...

Damacia, aterrada, mueve a su marido, pero este ni se inmuta.

—Damacia, Damacia..., devuélveme la lengua... Damacia, Damacia..., devuélveme la lengua...

Cada vez la voz se oía más cerca; Damacia, casi enloquecida, llora, grita, reza.

—Damacia, Damacia..., devuélveme la lengua... Damacia, Damacia..., devuélveme la lengua...

Damacia siente cómo una mano le agarra un pie; ella patalea, grita, llora, reza.

—Damacia, Damacia..., devuélveme la lengua... Damacia, Damacia..., devuélveme la lengua...

Una sombra respira frente a ella. Damacia grita, llora, reza.

—Lua, Lua, Lua...

Lua despierta, mientras, al mismo tiempo, lanza un fuerte grito; frente a ella Doña Magdalena, confusa, trata de tranquilizarla.

—Lua, niña, tranquila; tuviste una pesadilla; está bien...

Lua no deja de llorar.

*

* *

Lua se encuentra frente al estanque de los peces; al lado, Magdalena agarra concentrado del costal con una taza; luego, toma el concentrado de la taza con la mano y lo avienta al estanque; al momento de caer al estanque, salen los peces en un frenético caos; Lua observa atentamente; luego, recuerda algo, ve a Magdalena, ella responde su mirada con una sonrisa; Lua se avergüenza y agacha la cabeza.

—Están bonitas las cachamas, ¿no lo cree?

—Sí, están grandes...

—Elías fue al pueblo a ofrecerlas y a comprar un bulto de concentrado para la semana; este (*mira el costal*) ya se acabó.

—Ya lo creo.

—Y..., bueno, el sueño...

*

* *

Lua se arrastra por el pasto, su cuerpo le pesa demasiado; siente en todas partes las ponzoñas que la atraviesan consecutivamente, la fiebre comienza a nublar su visión.

*

* *

—Perdón, ¿me decía?

—Le comentaba que Elías salió a ordeñar en la mañana; ya no ha de tardar en llegar con la leche, ¿a usted le gusta?

—Mmm, sí... Perdón, ¿don Elías no había ido por concentrado al pueblo?

—No, aún tenemos un bulto; la otra semana va y ofrece las cachamas.

*

* *

Lua se encuentra en una habitación, al frente de ella personas rezan vestidas de negro; ella se abre espacio entre las personas y llega al frente, donde reposa un ataúd con cuatro candelabros, uno en cada esquina; Lua se acerca al ataúd, se da cuenta de que está abierto, la recorre un escalofrío que la lleva a retroceder dos pasos; pasa saliva, se llena de valor y se acerca; a medida que se aproxima, los rezos se oyen más fuertes; llega al pie del ataúd, se acerca para ver el contenido, pero la interrumpe un maullido; vuelve a acercarse y sale un centelleo de gatos del ataúd que nubla la escena.

*

* *

—Lua, niña, tranquila; fue una pesadilla, está bien...

—¿Qué pasó?

—Pasaba por el pasillo y oí que se quejaba, entré y me di cuenta que tenía una pesadilla, así que la desperté.

—¿No estaba..., no estábamos dándoles de comer a los peces?

—Debió soñarlo; si quiere, ahora me acompaña.

—¿Ah? (*Se pasa la mano por la cabeza.*) Sí, está bien.

—Le voy a preparar una aromática para los nervios.

*

* *

Lua alza la cabeza, realiza una revista al inmueble; al lado de la ventana ve a una muchacha incómoda; no es como si fuera evidente, pero, como se suele decir, se sobrentiende. Su compañía, un hombrecillo regordete con gafas gruesas y barba descuidada, da una impresión de acosador de película. Lua sonríe; tras ello cambia el semblante, siente que ya lo ha vivido; gira su cabeza hacia su derecha, nerviosa por saber quién se encuentra al frente; lo observa, llora, quiere hablarle; no obstante, las lágrimas y un dolor en el pecho no la dejan. Él, extrañado por sus lágrimas, se queda inmóvil y la ve acongojado; Lua sigue llorando; sin embargo, le sonríe; Él le corresponde; Él, ella, ellos...

*

* *

—¿Está segura de viajar a casa de Magdalena?

—Más o menos; algo me dice que, si lo hago... (*Lua no termina la oración y recorre el inmueble con extrañeza.*)

—Sabe, reconozco que tengo un gran defecto y creo que se lo herede a Él.

—Espere, ya no...; yo no estaba...

—¿Le pasa algo...?

*

* *

—Le comentaba que Elías salió a ordeñar en la mañana; ya no ha de tardar en llegar con la leche, ¿a usted le gusta?

Lua confundida gira hacia todos lados.

—¿Le pasa algo, Lua?

—¿Eh?, no; solo... creí que..., olvídelo... ¿Qué me decía?

*

* *

—Siga hasta allá; ¿sí ve las guaduas? Eso, ahí hay un pequeño barranco; baja hasta la quebrada y pasa el puente, luego sigue el camino hasta llegar al alambre del otro potrero; en la entrada hay un corral; siga ese camino hasta volver a encontrar la quebrada, ahí se la sabía pasar.

—Perdone, ¿quién?

—(...), cuando venía, le gustaba llevarse ahí, dizque pescando, pero creo que le gustaba estar en paz.

—Ah..., ¿entonces, sigo recto hasta las?..., ¿qué me decía?

—Guaduas; de ahí, hay un pequeño...

*

* *

—Lu, Lu... ¡Lu!

—¿Eh? Perdona, estaba en otra...

—Últimamente, siempre lo estás; te decía, ¿ya tienes pensado qué hacer?

—¿Ah?... No, no..., yo no estaba en...

—¿Y qué esperas?

—Perdona, ¿qué me decías?...

*

* *

—Lo terminé.

—(*Indiferente, hace burbujas en el café.*) ¿Qué cosa?

—El poema.

—Pero...

Lua, impresionada, deja caer el pitillo en el café.

—Bueno, poema, poema, no es... No tiene la estructura. Hmmm..., está en prosa, aunque expresa...

—Estás aquí, tú estás...

—Sí, Lu... ¿Te pasa algo?...

Lua acaricia su rostro y llora.

—Lu, tranquila...

*

* *

—Lua, niña, tranquila; fue una pesadilla, está bien...

Lua voltea a ver a Magdalena.

—¡(...)! Estaba con Él, estábamos en el café. Él me hablaba de su poema, ¡estaba con Él!

—(*Abrazándola.*) Fue un sueño, tranquila.

*

* *

Lua camina por el potrero, oye que le llaman y gira; doña Magdalena le grita algo incomprensible; Lua asiente y sigue caminando, llega a unas guaduas, luego baja por el pequeño barranco, pasa el puente, sigue caminando hasta llegar a la cerca, busca la entrada, ve el corral y sigue el camino, oye que el agua corre y acelera el paso, llega a la quebrada, a unos metros encuentra un tronco que podría servir de asiento.

*

* *

—Recibí tu carta... No, no la traje, se me olvidó o... quizás quise dejarla; puede que tu madre la vea y me pregunte por ella y yo..., yo no sepa qué decir, pero dime qué debería decirle si no la he abierto y no sé si pueda hacerlo, ¿por qué me la enviaste?, ¿por qué a mí?, ¿qué buscabas con ella?, ¿que me enterara por qué tomaste tu decisión? Prefiero no saberlo; además, ¿por qué demorar su entrega?..., ¿qué motivo te llevó a retardar su llegada? Al principio creí que tu partida no me había afectado mucho; de hecho, los primeros meses viví sin dolor alguno, pero, luego, con tu carta todo se vino abajo, como si hubiera despertado de

un estado de embriaguez y ahora la realidad se venía encima y me asfixiaba, ¿eso buscabas?
¿Condenarme a mí, también?...

Lua detiene su monólogo, se levanta, no ve el potrero, ni la quebrada, solo un amplio valle iluminado por un cielo rojizo; a sus pies una tumba, Lua tropieza y cae, se levanta, corre, asustada, sin rumbo.

*

* *

Corre por el potrero, tropieza en la raíz de un árbol, sus manos se ensucian de lodo, Lua se levanta y sigue corriendo, choca con un árbol; agitada, trata de recobrar el aliento, pero ve que se ha encontrado con un panal de avispas; Lua corre desesperada y cree oír cómo las avistas le zumban en el oído.

*

* *

—Hay que tener cuidado con las congas, esas sí pican duro...

—¿Congas?

—Sí, son unas hormigas grandes, amarillas con café... Cierta vez, María no se dio cuenta y se sentó en un tronco lleno de congas, cosa que la picaron, cosa que le dio fiebre... Una semana estuvo enferma.

*

* *

Corre y tropieza en la raíz de un árbol, sus manos caen en un nido de congas que, alborotadas, comienzan a picarla. Lua se arrastra por el pasto, su cuerpo le pesa demasiado, siente en todas partes ponzoñas que la atraviesan consecutivamente; la fiebre comienza a nublar su visión.

*

* *

—Ve, cuatro gaticos ha tenido (...)

Lua observa cómo los gatos van llegando y oscurecen con su pelaje el cadáver, hasta solo apreciar centelleares de ojos que la observan.

*

* *

Lua observa su cuerpo desnudo bañado en sangre, Él lo apuñala, Él llora y le pide perdón, mientras clava otra vez el puñal; lo último que ve es su frío cadáver, despedido por un beso en la frente.

*

* *

Lua saca la cabeza del cajón y ve al frente a Tomás, asustado; le pregunta qué sucede, pero él no le responde, da media vuelta y se encuentra con (...), que le dispara seis veces; mientras sus ojos se apagan, ve como Él corre y se disipa en el polvo de una calle vacía.

*

* *

—Lua (*se oyó como un silbido que el viento traía.*) ...

—Lua (*como un eco que retumbó en sus tímpanos.*) ...

—Lua (*como un agonizante clamor.*) ...

Lua corrió hasta que oyó que su nombre se lo respiraban en la nuca, como si la hubiera acariciado algo carnosos, húmedo y frío; ahí tropezó y cayó; cuando giró, vio que Él tenía una loca sonrisa.

*

* *

A Lua la arrastraron hasta el prado de los recuerdos y ahí, encima de la tumba donde le había robado el corazón, le arrancaron el suyo.



Figura 5. V.

V

*You had my heart, at least for the most part
'Cause everybody's gotta die sometime
We fell apart, let's make a new start
'Cause everybody's gotta die sometime, yeah, yeah
But, baby, don't cry*

Lua (o luna, su nombre se creó debido a una equivocación en la registraduría) parpadea una, dos, tres veces, apaga la alarma del celular, se sienta al pie de la cama, inclina su cabeza al lado izquierdo, luego al derecho, estira sus brazos hacia arriba, mientras se agarra con las manos, se pone de pie, va a abrir la puerta, pero al oír que Magdalena y don Elías se encuentran de pelea se detiene, se sienta al filo de la cama a esperar que terminen de discutir (al ser aceptada en la universidad, los padres de Lua no dudaron en buscarle un hogar de familia); al sentir que el caos se había disipado, salió de su habitación para ir al baño a tomar una ducha y, luego, cambiarse para ir a la universidad; al salir, se encontró con Magdalena (ella tenía los ojos rojos, al parecer por el llanto y la ira de la discusión), ella le sonrió, pero al hacerlo, se vio en su rostro un dolor que Lua no soportó, por lo que la saludó y corrió a encerrarse en el baño.

Para evitar encontrarse de nuevo con el lastimoso semblante de Magdalena, Lua no desayunó en la casa, salió apresurada a la parada de autobús (Lua dejó el informe que debía entregar a primera hora). En la parada, se acordó de sus padres y los llamó; tras intercambiar unas palabras con su madre, recordó por qué casi nunca los llamaba, así que colgó antes de que su madre continuara con su indiferencia.

Al llegar a la Facultad de Artes y encontrarse con María, Kate y Juliana, recordó que había olvidado el informe y quiso regresar; no obstante, la noticia de que el profesor no iba a llegar a clase la tranquilizó; María, Kate y Juliana fueron a la cafetería de la Facultad a tomar café; Lua, por su parte, fue a desayunar, les contó lo sucedido y las tres concluyeron que debía buscar otro lugar para vivir; Lua así lo creyó y les pidió que le ayudaran a buscar un departamento mucho más tranquilo (cuando dijo el último vocablo de la oración, recordó que había tenido una pesadilla, pero, al no recordar de qué se trataba, siguió desayunando sin prestarle atención).

Mientras Lua desayunaba, las tres hablaban de muchachos: John, el muchacho guapo del curso, o Tomás, un muchacho que habían conocido en un crédito...; recordaron que en la noche había una fiesta del Departamento de Humanidades; las tres acordaron ir y se encargaron de convencer a Lua de que fuera.

La tarde de ese día, Lua se llevó en la biblioteca; se dedicó a leer un poco de teoría del arte debido a que no quería volver a casa y encontrarse con Magdalena, observar esa desgastada figura y sentir pena por ello, o encontrar al señor Elías y odiarlo por un hecho que no le

incumbía. En una de sus pausas de lectura, vio pasar a un muchacho que le causó curiosidad; lo acompañó con la mirada hasta que desapareció tras cruzar la puerta; tomó el libro de nuevo y observó que había una gota de agua en él; luego, se percató de que esa gota le pertenecía; confusa, secó la humedad de su mejilla.

Lua pasó la tarde pensando en el motivo de su lágrima; recordó fragmentos de una pesadilla sin sentido, elaboró argumentos, imaginó mundos... Al fin, se levantó, dejó el libro en el estante, tomó su bolso, miró el último rayo de luz del día y sonrió.